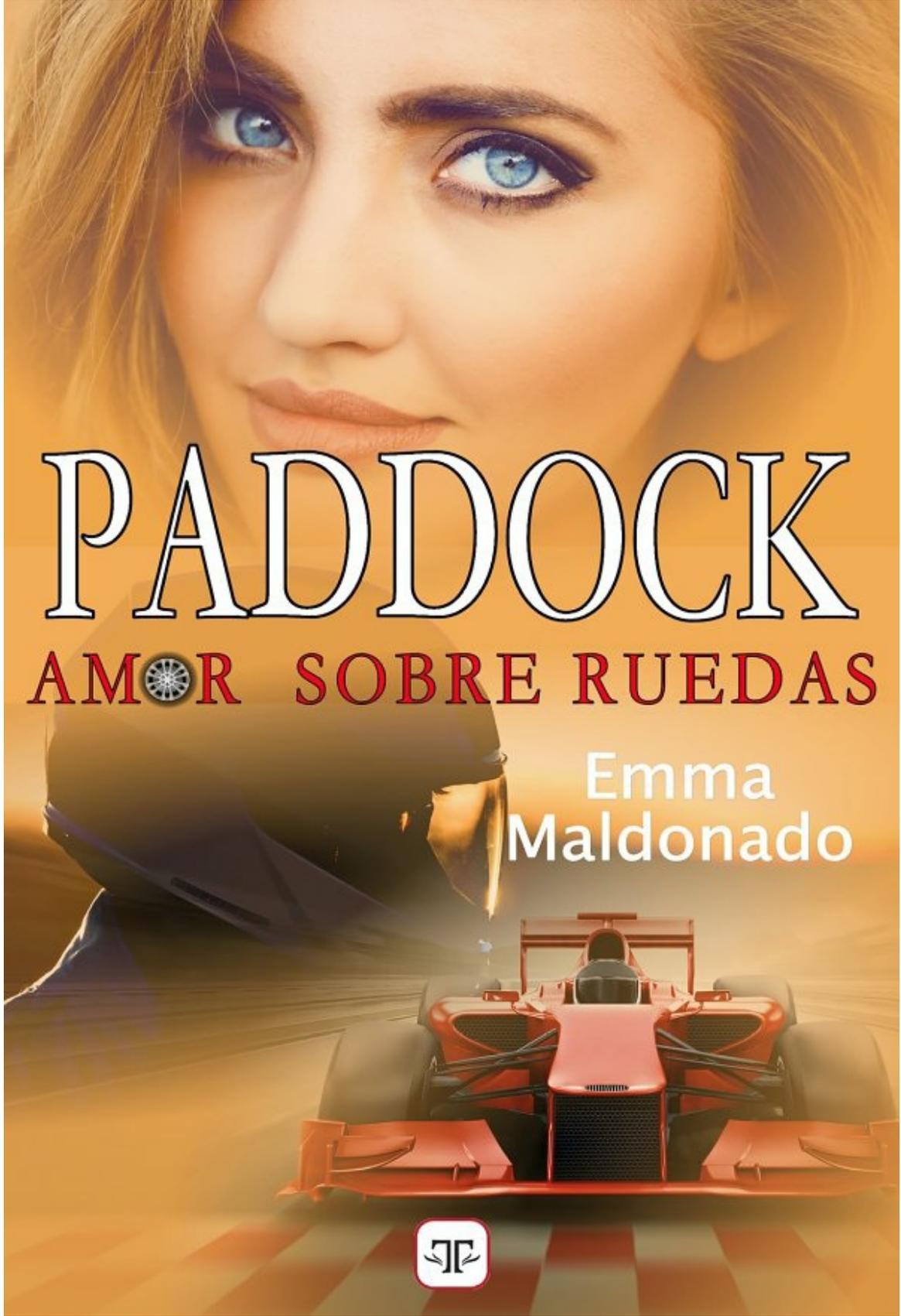


PADDOCK

AMOR  SOBRE RUEDAS

Emma
Maldonado





PADDOCK

AMOR  SOBRE RUEDAS

Emma
Maldonado



Paddock, amor sobre ruedas

Emma Maldonado



PADDOCK, AMOR SOBRE RUEDAS

Emma Maldonado

Una rubia con ideas revolucionarias, un piloto con muy malas pulgas, otro que con una sonrisa te puede dar el mundo... La carrera está lista para empezar: ¿quién ganará el podio en el corazón de Claudia?

ACERCA DE LA OBRA

Había una vez en Barcelona dos escritores que no se conocían... No en persona...

Claudia acaba de encontrar trabajo en la escudería Síter T. Racing, aunque lo que de verdad quería era entrar en la Rear Racing, la escudería más famosa del momento, y donde está Óscar Fanelli, el mejor piloto de Fórmula AM de la actualidad -y el ídolo por el que ella suspira.

Sin embargo, tendrá que conformarse con hacer que el coche de Víctor Campos, el corredor de la Síter T. Racing -cuyo objetivo es vencer a Óscar Fanelli- corra como nunca, aunque ese agriado piloto no se lo pondrá nada fácil. Y, todo se complicará un poco más, cuando conozca en persona a la competencia directa; su añorado Óscar Fanelli.

¿Cómo puede acabar este enfrentamiento en el paddock? Una lucha de titanes sobre ruedas está por venir, ¿te la vas a perder?

ACERCA DE LA AUTORA

Emma Maldonado es una almeriense que hace unos años debutó en el mundo literario con *El pozo de los deseos*, novela de corte juvenil mezclado con romance paranormal.

De estilo juvenil también, publicó en 2018 *Besos de arena y sal*, y en 2019 *Las sombras de la catedral*, novela de suspense.

Ha participado en varias antologías de relatos, así como en libros solidarios como *La cabaña del bosque*, donde un porcentaje es destinado a la protectora de animales y plantas de Valencia; *Cuentos por la vida: todos con Idaira*, a favor de la pequeña Idaira o *Pasión y lujuria*, proyecto creado por el Club de las Escritoras y «Taller de cuentos», a favor de los niños con cáncer de Almería.

A partir de octubre de 2019, gracias al sello digital eTerciopelo, podremos disfrutar de sus novelas de romance adulto, *Mejor contigo...*, *¿o sin ti?* y *Paddock: amor sobre ruedas*, de momento.

Índice

Portadilla	
Acerca de la autora	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
Epílogo	
Agradecimientos	
Créditos	

A Mari Luz y Fran.

Prólogo

*T*odas las mañanas me levantaba pensando en Óscar Fanelli.

Aparte de porque fuera guapo, no me interesaba solo por eso, sino por su afición: la Fórmula AM. Mi mayor sueño era conocerlo y dar una vuelta en alguno de esos veloces coches raspando el asfalto.

Ya de pequeña apuntaba maneras. Mis primeras ruedas fueron unos patines, y ¡cuántas veces no me caí sobre ellos por correr a la velocidad del rayo! Después la bicicleta ocupó su lugar, y, cuando cumplí los dieciséis, decidí que, en cuanto pudiese, rodaría sobre un estupendo coche de carreras.

¿Cómo les había sentado esto a mis padres? Pues a mi padre genial, que era el que me había arrojado a su hobby favorito. Y a mi madre... Bueno, para ella la sensación que había tenido cuando le hablé de mi sueño había sido, en palabras suyas: «Como si me cayera un cubo de agua fría traída directamente de Siberia en su peor invierno».

Aun así, jamás desistí.

¿Cuál era el problema? Que conducir se me daba de pena; sí, de pena, y además mi madre estaba tan histérica con el tema de que fuese piloto que no había quien la soportara. Al final elegí la opción B y me embarqué en un nuevo objetivo: ser ingeniera.

Me había esmerado en aprender inglés para poder estudiar y ser especialista en aeronáutica y, algún día, ser la mejor del mundo. Era la mayor fan de Xanders Yewy, el mejor y más respetado experto en la materia hasta el momento. Y, aunque no lo conocía personalmente, seguía todos sus pasos a pies juntillas.

Habiendo emigrado a Inglaterra en contra de la voluntad de mi madre y después de haber obtenido la mejor nota de mi promoción, emprendí la búsqueda de mi lugar entre las grandes escuderías de la Fórmula AM, aunque ninguna me quiso por ser novata; mucho menos la más prestigiosa, Rear Racing, que era por la que había suspirado todo ese tiempo.

Viendo las perspectivas, me dediqué a mendigar un puesto de trabajo en equipos menos populares. Al final mis plegarias fueron escuchadas por algún dios y me contrataron como jefa de ingeniería aeronáutica. Y aquí estoy, con mi escudería, Síter T. Racing. ¡Vamos a correr la última carrera del Mundial de Fórmula AM y yo soy parte de todo este circo automovilístico! ¡Qué emoción!

Aunque no es oro todo lo que reluce. Después de que acabe todo y por fin haya un vencedor, tendré que elegir entre quedarme aquí o aspirar a una escudería mejor. Que, por otro lado, es lo que siempre he deseado.

Para que me entendáis, os contaré todo desde el principio...

*E*ra mi primer día, y, por el hecho de ser mujer, ya había algún que otro chistecito a mi alrededor.

La verdad, poco me importaba que vieses extraño que una mujer hubiese decidido realizar este tipo de estudios, pero tampoco tenía por qué aguantar a ningún gilipollas por eso.

—¡Eh, tú! ¡La nueva! —me apeló una voz gruñona que aún no había tenido el «placer» de conocer—. Te mandé llamar hace tres horas y he tenido que venir yo mismo por ti.

«La nueva tiene nombre —pensé en decirle—; se llama Claudia».

En su lugar, dejándome la réplica en la punta de la lengua, resoplé. Una cosa era que fuese nueva y otra bien distinta, que fuese la esclava de nadie.

—Estoy con algo importante. No soy Dios y no puedo estar en todos lados a la vez.

—Me importa una mierda quién seas. Quiero que le echés un vistazo a mi coche; necesito que arregles una avería para ¡ya mismo!

Levanté una ceja un tanto irónica.

—¿Por quién me has tomado? ¿Te conozco de algo?

Lo cierto es que era yo la que no tenía ni idea de quién era él, pero, por su uniforme, sin duda era un piloto. Con muy malas pulgas, debería añadir.

—Para tu información, soy Víctor Campos, y nunca repito las cosas dos veces. Ven al *box*, ¡ya! Haz que ese trasto corra de nuevo.

Y, con las mismas, Víctor Campos salió disparado por la puerta por la que había venido.

Puse los ojos en blanco. ¡Yo no era mecánica! Era ingeniera aeronáutica, nada más y nada menos que la jefa de toda la plantilla, ¡y ese imbécil se iba a enterar!

Me planté en las pistas y lo vi con el gesto serio mientras miraba el coche como si se hubiese hecho añicos. Casi pensaba que se iba a poner a llorar.

Le eché un ojo al motor, pese a no ser, ni por asomo, mi cometido.

—Bueno, Víctor Campos, corredor de Fórmula AM y simpática persona —dije con sorna. Él elevó una ceja, claramente desconcertado—. Es el cable del freno, que hace contacto con otro que no debería; nada que no se pueda arreglar. —Cogí un trapo y me limpié las manos—. Y por la velocidad no te preocupes: tengo un par de ideas que pueden, por fin, hacerte ganar.

Víctor Campos, al que no le había puesto cara hasta ese momento, competía por ser el mejor piloto de la Fórmula AM, pero, si seguía perdiendo, probablemente prescindieran de él en poco tiempo. Y para eso estaba yo allí: para hacer que sus ruedas, literalmente, volaran sobre el asfalto.

El piloto, con cara de circunstancia y prácticamente incrédulo, soltó una estruendosa carcajada.

—Esa ha sido buena, casi me lo he creído. ¿Tú? ¿Qué podrías hacer? Ya sé que los mecánicos os tenéis en alta estima, pero tampoco es para que te echés tantas flores.

Entonces la carcajada la solté yo.

—No soy tu mecánica, soy la especialista en aeronáutica que la escudería ha contratado para que tú puedas, de una vez, llegar a tres centímetros del podio.

Decir que la venganza sabe dulce y que encima se sirve en plato frío iría muy bien para ese momento. Aunque, después de dejarlo con tres palmos de narices, me arrepentí un poco por haber dañado su hombría automovilística. No era así como quería hacerme valer, sino por mi trabajo, aunque no soportaba que se rieran de mí, por muy buen piloto que fuese.

Como no me comentó mucho más, pues cogí y me marché.

No es por presumir, pero soy bastante guapa y estoy bastante bien a mis treinta añitos. Mi pelo es rubio, largo como el de una antigua romana; mis ojos, azules como el cielo; mis labios, rojizos, y mi piel, de color oliváceo. No podría pasar por la mediterránea estándar. Si a eso le sumamos mi atractivo cuerpo atlético, heredado directamente de mi madre, y mis capacidades como ingeniera, tenemos una composición bastante explosiva.

No, no es que lo diga yo. Siempre acaban haciendo esa definición de mí después de pasar por el pertinente examen de «rubia» que todos me hacen. ¿Qué le vamos a hacer? Las películas americanas han dañado seriamente nuestra imagen.

Los chicos, algunos, cuando ven que tengo aptitudes que superan su ingenua inteligencia, salen corriendo, mientras que otros intentan desafiar mi intelecto como si ser más listo que yo fuese una competición a vida o muerte. Luego está esa minoría que quiere llevarme a la cama a toda costa, y que, según me venga, lo consigue o no. Afortunadamente para mí, los pilotos no forman parte de ninguno de esos grupos; solo saben mirar por su coche, dar órdenes y poco más.

He conocido a bastantes pilotos insufribles y a otros bastante interesantes, pero al final han sucumbido a la idiotez o la fama, o a ambas cosas. Sin embargo, no había conocido hasta entonces a un piloto tan prepotente y malhumorado como Víctor Campos, y eso mismo estaba comentando con David, uno de los mecánicos encargados de mantener su coche en perfecto estado.

—Antes no era así. Víctor molaba mucho —me decía mientras cambiaba uno de los neumáticos traseros del automóvil. Se lo había ordenado yo, pues estaban todos bastante desgastados como para aguantar más de dos minutos de entrenamiento.

—¿Y cómo era? —pregunté intrigada.

No sabía mucho de Víctor Campos. Sítter T. Racing no me había interesado demasiado hasta que contactó conmigo para ofrecerme el puesto después de dejar mi excepcional expediente. Sabía que el podio se le había resistido en unas cuantas ocasiones. No alcanzaba los primeros puestos desde hacía un tiempo. Creía que esa era la razón principal por la que habían decidido cambiar de ingeniero aeronáutico; eso y que el puesto de Víctor pendía de un hilo.

—¡Puf! Otra persona. Verás, estuvo a punto de alcanzar el tercer lugar hace dos años, pero en el último segundo, Óscar Fanelli lo adelantó y desde ahí todo le fue de mal en peor. El año pasado volvió a intentarlo, tenía las de ganar, pero, en la última vuelta, al girar en una curva el coche se salió del circuito. No le pasó nada, para el golpe que se pegó, pero Óscar Fanelli quedó el primero.

—Me encanta Óscar Fanelli —dije sin pensar.

—Es un gilipollas, ¡y más vale que no vuelvas a decir eso por aquí si no quieres que te despidan! —rugió una voz detrás de mí.

David se puso tieso como una vela y reemprendió la azarosa tarea de cambiar los neumáticos restantes sin ayuda.

Me giré hacia Víctor, dispuesta a defender a David si hacía falta. Después de todo, había sido yo la que había metido la pata. Me encontré con sus ojos marrones acribillándome; con su nariz recta y discreta fruncida de forma molesta.

—Lo tendré en cuenta —dije sin más, cruzándome de brazos.

Avanzó hacia mí. Casi podía intuir, por sus gestos tensos, que, si hubiese sido un hombre, probablemente me habría llevado un puñetazo.

—Más te vale, si quieres durar aquí más de dos telediarios —me amenazó mientras su rostro se posaba a dos palmos del mío y sus ojos se entrecerraban.

Sentí un poco de miedo ante tal amenaza, pero no lo demostré. No me atrevía a contestarle, así que hice de tripas corazón y suspiré de alivio cuando su mirada se despegó de mí para contemplar su monoplaça.

—¿Qué estáis haciendo con él? —preguntó, rudo.

—David va a cambiarle las ruedas porque esas están muy pasadas. El tipo que he elegido te dará más velocidad, junto con la forma un poco más curva de los nuevos alerones que vamos a incorporar.

De repente, me miró horrorizado.

—¿Te has vuelto loca?! ¡Rubia tenías que ser!

Entonces entrecerré los ojos yo.

—Y mujer también. No me vengas con machismos ahora, porque no los tolero.

Pasó completamente de mi comentario y se me acercó de nuevo. Esa vez me agarró la muñeca de forma brusca.

—Wendel me dijo que unos alerones con forma cuadrada irían mejor, por eso los pusimos así, ¡y a mí me parece bien! ¿Quién te crees que eres para venir aquí como una diva y cambiarlo todo?

No sabía quién diablos era Wendel, pero, de todos modos, contesté:

—Soy la que va a hacer que ganes. De nada —repliqué, soltándome de él.

Faltaba medio segundo para que su cabeza echara humo, así que, antes de que eso ocurriera, se largó pisando fuerte sobre el asfalto, murmurando algo así como: «Voy a hablar con los superiores. Te vas a enterar».

David silbó.

—Siento haberte metido en este lío. No sabía que hoy se pasaría por estos lares.

—Tranquilo, no le tengo miedo. Lo que no sé es cómo habéis podido aguantarlo tanto tiempo por aquí.

—Supongo que, en el fondo, todo el equipo sufre su frustración, aunque no gastamos tanta mala leche.

Sonreí ante su comentario. Lo cierto era que no había un ápice de veneno en sus palabras. Si hubiese sido él, casi seguro que ahora estaría despotricando sobre el piloto.

*P*or fin era viernes. Me despedí de David y los demás mecánicos y me dispuse a quitarme de encima el peso de hacer ganar al déspota y envenenado Víctor Campos.

Cuando salí de la nave donde se manipulaban los coches —muy sexy yo, con un vestido de florecitas, más o menos cortito—, mi jefe, o, mejor dicho, el gran jefazo, me llamó por teléfono.

—Márquez, el lunes la quiero en mi despacho a las ocho en punto; no se retrase.

Colgó después de decir toda la frase. Ni siquiera me había dado tiempo a saludarlo.

«El piloto amargado está detrás de todo esto», pensé, y me hirvió la sangre como cuando mi madre me decía que aquel mundo solo era de hombres y que jamás podría acceder a él.

No dejé que las palabras de mi superior me afectaran: ese fin de semana era mío. Después de pensar en cómo diablos hacer que el coche del tocapelotas pudiese ir más deprisa, merecía disfrutar del *finde*.

Diana me esperaba al otro lado de la acera, en la esquina de la farmacia. Odiaba todo lo que tuviese que ver con máquinas, incluida la puerta por la que se accedía a las inmediaciones del circuito. Mi amiga había salido con uno de los mecánicos de un corredor de segunda, y había acabado tan harta de ese mundo, sin pisarlo, que ya no quería saber nada de él.

—Te agradecería que no me hablaras del piloto maniático —me dijo nada más verme.

—Y yo que me escucharas como la buena amiga que sé que eres. Pero tienes razón, él no debería tener cabida en nuestra quedada.

Diana levantó los labios en una media sonrisa.

—¿Tan mal está el panorama? —preguntó a la expectativa.

—Pues no lo sé, pero mi jefe acaba de llamarme para que me presente el lunes en su despacho.

Emitió un silbido.

—Pensaba que me ibas a decir que era un prepotente sin escrúpulos, como me escribiste en tu mensaje, pero esto ya supera el castaño oscuro.

—No lo sabes tú bien... —suspiré.

—Bueno, vale, solo por hoy te dejo que me hables de ese mundo insensible. —Sonrió y me llevó hasta su coche.

A Diana le encantaba conducir. Y a mí, después de estar toda la semana entre pilotos, coches de carreras, mecánicos y sublevados ingenieros a los que no les gustaba que una mujer les dijese lo que tenían que hacer, me apetecía tener chófer.

—Claudia, ese tío es imbécil. Por algo te decía yo que la Fórmula AM no te traería nada bueno —me soltó después de relatarle lo acontecido.

Di una palmada en la mesa.

—¡Me niego! No he estudiado una carrera y no he hecho un máster en Inglaterra para que ahora no se reconozca todo lo que puedo hacer.

—¡Qué obstinada eres! —Mi mejor amiga bebió de su vaso de cerveza.

—Y tú qué derrotista. Si fuese por ti, habría abandonado en cuanto mi madre me dijo que no podría hacerme un hueco en este mundo de hombres. —La miré, un poco rencorosa. Ella siempre me había apoyado a medias en todo esto.

—Di lo que quieras, pero los polos opuestos se atraen, y cuando acabes rendida por el piloto insufrible, ya me contarás.

—Diana, yo creo que solo te has enterado de la mitad de lo que te he dicho. Primero: me cae bastante mal. Y segundo: ¿por qué tienes que extrapolarlo todo a tu relación con el mecánico? —Puse los ojos en blanco y bebí de mi cerveza.

Diana empezó a canturrearme sobre los porqués de su increíble insistencia en que debía tener cuidado dentro de ese mundo de «conductores automáticos con alma robótica», pero dejé de hacerle caso en el segundo número once, cuando, para mi asombro, Óscar Fanelli entró por la puerta del pub donde estábamos. Dios... Era tan guapo y perfecto como se le veía en la tele. Tenía treinta y seis años y, aun así, nadie se los hubiese echado.

Su sonrisa de infarto se mostró delante de nosotras y, durante un segundo, sus ojos verdes se encontraron con los míos. Más pronto que tarde, el momento de gloria terminó y siguió a lo suyo.

—¡Eh!, ¡eh! —Me topé con la mirada indignada de Diana.

—¿Has visto eso?! —Casi grité, frenética como una quinceañera.

—¿El qué? —La vista de mi amiga se paseó por todo el pub, pero mi ídolo ya no estaba allí, había pasado a la zona vip.

—¡Óscar Fanelli está aquí!

Me levanté del taburete y me dirigí hacia el lugar por donde se había ido.

—¡Espera!

Diana me siguió.

—No se puede pasar.

Un armario de tres puertas que se hacía llamar portero se puso delante de mí.

—Soy ingeniera aeronáutica, también soy vip —mentí descaradamente, porque no era nadie allí.

A lo lejos, sentado en un sofá morado alrededor de una mesa de diseño, se encontraba mi objeto del deseo.

—Enséñame el carnet de la escudería.

¡Mierda! Ni siquiera tenía el de la mía propia. Me lo había dejado en la taquilla.

—Lo he olvidado. —Insistí con la farsa, porque, aunque era verdad, probablemente me habría echado a patadas si hubiera sabido que pertenecía a Síter T. Racing.

Tampoco coló.

Con tanto revuelo, pues Diana también estaba diciendo cosas —sin sentido— sobre escuderías y pilotos de Fórmula AM, como si ella entendiese mucho, Óscar Fanelli miró hacia nosotras. Habría sido de película si tal príncipe azul sobre ruedas hubiese venido al rescate de dos damas en apuros, pero no tuvimos esa suerte, y después de que su mirada atónita nos contemplara sin parpadear, siguió hablando con los suyos, un par de tipos mucho mayores que él, con el pelo blanco y bigotes acicalados.

Desistí después de estar discutiendo media hora, tras las insistencias del portero y de mi amiga. Era la vez que más cerca había estado de Fanelli, y no había podido ni acercarme. ¡Qué mierda!

—Mujer, ya tendrás otra ocasión —me dijo mi amiga cuando miré con cara de pena hacia la zona vip.

Habíamos vuelto a nuestra mesa a terminarnos esa cerveza espumosa que habíamos abandonado

por mi ídolo.

—Quizás tengas razón, pero odio a ese portero. —Miré hacia él con los ojos entornados.

Para más inri, no podría ser otra persona que Víctor Campos el que entrase por la puerta del local. Me habría sorprendido menos si hubiesen salido plantas carnívoras de las paredes. Casi me atraganté con mi propia cerveza cuando lo vi andando hacia la barra.

—¡Me estás tomando el pelo! —solté sin dejar de mirar a ese prepotente.

Diana siguió mi mirada.

—¿Qué pasa? ¡Vaya! Ese tipo está cañón, más que Óscar Fanelli, diría yo. —Decir que lo devoraba con los ojos sería poco.

—Es el corredor insufrible. Y no está más bueno que Fanelli, no blasfemes.

Ella silbó.

—Dos en uno, chica, hoy estás de suerte.

Alcé los ojos al cielo preguntándome qué posibilidad entre un millón había de que Víctor Campos atravesara la puerta de un *pub* que había sido inaugurado oficialmente por miembros de la escudería Rear Racing, la de Fanelli, y que, por supuesto, estaba lleno de seguidores de dicho piloto.

Campos era ajeno a mi presencia; parecía estar buscando algo con la mirada, aunque no por la zona en la que estaba yo.

Uno de los camareros fue hacia el área vip y Fanelli llegó, veloz, hasta donde estaba su rival.

—No sabía que esto podría ponerse tan interesante —constató Diana, sorbiendo de su cerveza y mirando hacia los corredores con toda la expectación del mundo.

Yo pensaba igual que ella.

Fanelli y Campos se observaban como si quisieran arrancarse los ojos el uno al otro. Víctor era algo más joven, pero en cuestión de musculatura, se les veía más o menos igualados si les daba por darse una tunda de palos.

Me di cuenta de que no solo Diana y yo teníamos los ojos puestos en ellos, sino que todo el *pub* estaba absorto en la escena; incluso la música había dejado de sonar.

Óscar se situó delante del piloto insufrible con los brazos cruzados, de frente a él.

—¿Qué te trae por mi territorio? —preguntó con una sonrisa de lado.

Víctor elevó los labios, impertinente.

—Vengo a decirte a la cara que sé que juegas sucio, pero no te tengo miedo.

Óscar se rio y a mí se me cayó la baba al verlo.

—No sé de qué me hablas, pero no es educado que vengas a un sitio que considero mi casa para ofenderme.

—No es una ofensa, es una verdad como un castillo. Y si me buscas, me vas a encontrar —afirmó, como si de un juramento se tratase.

Fanelli lo miró como si no fuese nadie.

—Lárgate de aquí, no eres bien recibido en este sitio. Y llévate tus amenazas contigo, Campos.

Para desconcierto de todos, Víctor rio de buena gana.

—Advertido quedas —contestó. Y sin más, sacó su estupendo culo de allí.

Como todos estábamos impresionados por lo que acababa de ocurrir, el camarero volvió a poner la música para relajar el ambiente.

Diana me miró con los ojos como platos.

—¡Menuda lucha de titanes! Yo saldría por patas de ese mundo. ¡Ya!

Resoplé.

—Que se apañen entre ellos. Me gusta mi trabajo, aunque los pilotos sean unos engreídos.

—¿Crees que Fanelli hace trampa? —preguntó distraída mientras se enroscaba un mechón de pelo negro en el dedo.

Dudé un segundo antes de contestar.

—No lo creo. Además, conduciendo un coche de carreras te expones a eso: a conducir mejor o peor que otro. Creo que Víctor Campos tiene el ego demasiado herido desde que Óscar Fanelli le quitó el número uno el año pasado.

—¿Cómo sabes eso? Pensaba que no estabas tan al tanto de esta escudería que te ha fichado.

—Bueno, tampoco es que no supiera nada de ellos. Ya sabes que estoy puesta en esto desde tiempos inmemoriales, aunque las escuderías menos llamativas no estuvieran entre mis objetivos principales. Pero, de todos modos, me enteré por David, uno de los mecánicos.

Diana me miró con muy mala cara.

—Vale, si entran en juego los mecánicos, paso. Hasta aquí ha llegado la conversación de pilotos y escuderías.

Volví a resoplar, pero no me quejé. A veces Diana era la insufrible, y cuando algo se le metía en la cabeza era difícil sacárselo.

Oficina del jefazo, ocho y cuarto de la mañana.

El ejecutivo me hizo pasar al despacho y me invitó a sentarme en una de las sillas donde todos los líderes de la escudería se reunían para debatir. Ya me había sentado allí una vez, cuando habían decidido contratarme, pero esta vez no me miraban tan sonrientes.

—¿Y bien? Ustedes dirán, señores. —Me crucé de brazos y de piernas porque estaba temblando de arriba abajo.

—Uno de los pilotos se queja de usted. —El director fue el primero en hablar.

«Cuénteme algo que no sepa», pensé.

—Tenemos diferentes puntos de vista, sí —contesté lo más serena que pude, pensando que si ese imbécil hacía que me despidieran, lo mataría con mis propias manos.

—De eso se trata. Ustedes tienen que ser un equipo, no deben discutir. Lo que queremos es ganar, y necesitamos la colaboración de todos.

Resoplé, un tanto irónica.

—Debería decirle eso mismo al señor Campos.

—Él ha pedido su despido inmediato —prosiguió otro ejecutivo.

Yo me quedé pálida como la cera. Tragué saliva antes de hablar:

—¿Y qué han decidido?

—Que le debemos dar una oportunidad, ya que Wendel nos ha salido rana.

Juro que mis pulmones renovaron de golpe todo el aire que llevaba atascado en ellos durante unos angustiosos segundos.

—Él era nuestro anterior jefe de ingeniería aerodinámica. Y aunque siempre hemos corrido en los campeonatos mundiales, no hemos tenido la suerte de alcanzar los primeros puestos desde hace unos años. El año pasado tuvimos una buena oportunidad, pero al final se esfumó —dijo, refunfuñando, otro asistente.

—Sí, queremos saber qué se siente al ser los mejores del mundo. No en uno o dos grandes premios, sino en todos. Queremos tener al piloto campeón con todas sus letras —recalcó el director.

—Eso es exactamente lo que quiero hacer, señores, pero su obstinado piloto me lo pone bastante difícil —agregué con algo de retintín. No me importaba en absoluto dejar mal a Campos. ¡Casi había hecho que me despidieran!

—Visto lo visto, tendrán que aprender a hacer las cosas en equipo, así que no nos queda otra que unirlos en el circuito como sea —dijo el ejecutivo que había hablado después del director—. Entrenarán todos los días hasta que empiece el campeonato, y espero que consigan clasificarse con el mejor tiempo; porque, si no, los dos serán despedidos.

Y sin más, los grandes jefes asintieron, doblaron algunos folios que habían descansado ornamentalmente sobre la mesa todo el tiempo y se pusieron a hablar entre ellos mientras yo me

sentía como si fuese una marioneta manoseada.

¡No era mi culpa que Campos no colaborase! ¿Por qué tenía que pagar yo sus platos rotos?

Después de darme algunas indicaciones sobre la carrocería del coche, el motor y la velocidad que había logrado alcanzar en las últimas pruebas, me desearon suerte y me invitaron a irme.

Mis ganas de arrancarle la cabeza a Víctor fueron en aumento, y me dirigí al *paddock* a cantarle a ese miserable las cuarenta. Lo encontré haciendo pruebas, dando vueltas por el circuito. Al cabo de medio minuto, al percatarse de mi presencia, se apeó del bólido y se quitó el casco.

—¿Todavía aquí? —sonrió altanero, como cuando lo había visto hablar con Fanelli.

Sin pensármelo dos veces, lo abofeteé.

Él tío no hizo ni una mueca. Su cara de póquer ni me reprochó ni me suplicó nada; parecía como si se lo esperase.

—Escúchame bien, saco de testosterona. Sigo aquí, y seguiré muuuucho tiempo. Así que más vale que colabores conmigo o los dos nos veremos fuera dentro de poco. Y no te lo digo yo, esto proviene de los grandes de arriba. —Miré a su coche con ojos de acero—. Que sepas que tu querido Wendel no te ha dejado una buena herencia. La tracción y la suspensión están mal, además de la estructura que quería que tuviese el coche. En resumen, tu monoplace es una mierda, y por eso no ganas.

Lo miré impasible con mis ojos color cielo, y me sorprendió ver que tenía cara fúnebre.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

Asentí, porque me quedé pensando si lo que le daba pena realmente era que tendría que compartir más tiempo conmigo o que se hubiese expuesto a que lo despidieran por una tontería como el hecho de que yo no le gustase como ingeniera.

—Vale, está bien. —Sentí que le costó decir aquello—. Tú ganas, rubita infernal. Te dejo mi coche todo para ti. —Me pasó su casco con brusquedad.

Sin dignarse a mirarme una vez más, se marchó.

Me fijé en sus andares y esa vez no vi al piloto impertinente al que estaba acostumbrada, sino a uno derrotado y triste. Me dio mucha pena. Comprendía la frustración de los pilotos al no alcanzar sus objetivos, y ahora entendía que debería haber sido algo más condescendiente con él. Suponía que el tal Wendel, después de todo, habría sido amigo suyo, y dudaba mucho de que a mí me defendiese alguna vez como hacía con él.

Recordé las palabras del jefe: «Tendrán que hacer las cosas en equipo». En ese momento de ternura que, no sabía cómo, me había dado por el insufrible Víctor Campos, decidí ganarme al piloto de alguna manera.

*P*ara quien no lo sepa, el Mundial de Fórmula AM se disputa en distintos países, con una media de dieciocho a veinte carreras por campeonato, conocidas como Grandes Premios, a los que se opta para ganar podios y puntos para el piloto y la escudería. Al final de todo, se suman los puntos y gana el mejor.

Para mí el mejor era Fanelli, pero ese año haría de Campos un campeón. Estaba decidida. Pese a las controversias que uno u otro me ponían, y según el reglamento establecido, animé a todos los ingenieros a trabajar, diseñé unas mejoras en el chasis del coche, arreglé la suspensión y la tracción y elegí el orden en el que se cambiarían los neumáticos. Debían ser apropiados para que su monoplace fuera capaz de asimilar los pormenores del primer circuito.

Víctor no había visto el resultado final. No se había dignado a pasar por el taller para hablar conmigo en los últimos días. Las pocas veces que habíamos coincidido había sido para ver a Michael Bell, el segundo piloto, y efectuar las pruebas pertinentes para comprobar que funcionaban los cambios establecidos.

En ese momento, mientras lo esperaba, me mordía las uñas; tenía que reconocerlo, estaba muy nerviosa. Si mi método no funcionaba, no podría hacerme reconocer, y, además, ese insolente se tiraría flores escudándose en que él, antes que nadie, no me quiso en el equipo.

Con esas premisas, el corredor apareció delante de mí, vestido para la ocasión, pero contoneándose con modestia, por raro que parezca. Venía andando despacio, casi abatido, tanto que me entraron ganas de animarlo.

—Cambia esa cara, Campos. Seguro que si le pones más ánimo esto saldrá mejor. —Sonreí un poco.

Víctor también, para mi sorpresa.

—No te lo tomes a mal, pero creo que eres demasiado joven para ser la organizadora de un equipo aeronáutico y conseguir que mi coche gane. Wendel tiene mucha más experiencia que tú y no consiguió que entrase entre los primeros puestos. Perdona que no tenga mejor rostro hoy.

No había atisbo de veneno en sus palabras. Era sincero; derrotista, pero sincero.

—Quizás ese fuese el problema, que Wendel es más viejo que yo y por eso no está al día de las últimas innovaciones. La aerodinámica siempre ha sido mi parte favorita. Confía en mí.

Para mi tranquilidad, Víctor Campos suspiró y, de buena gana, cogió su casco sonriendo en mi dirección. Después se dirigió hacia la maqueta de su futuro coche, listo para introducirse en el túnel de viento. Me quedé observándolo hasta que el artilugio se puso en movimiento, algo embobada, debo admitir. Ese piloto cada día me tenía más desconcertada.

Cuando acabó el experimento, apenas tenía uñas. Quería saber su opinión sin titubeos, y tenía miedo de que no fuese precisamente positiva.

Con eterna lentitud, se quitó el casco y... dejé mis morder mis dedos para contemplar su esplendoroso rostro, que emulaba una sonrisa.

—¿Y... bien? —me atreví a preguntar.

—Rubita infernal, creo que voy a empezar a confiar en ti. Si en la carrera alcanzo la mitad de la velocidad que he logrado aquí, y además gano, te juro que te doy lo que quieras.

Solté una carcajada.

—No hagas promesas que quizás no puedas cumplir, piloto —apunté con picardía.

—Si gano, te repito: lo que quieras —me dedicó una sonrisa arrebatadora.

Y puedo decir que el suelo tembló bajo mis pies, incluso creo que mis mejillas enrojecieron un poco. Repito, solo un poco... demasiado.

Después de esa inesperada tregua decidí adelantar el fin de semana con Diana al miércoles. Estaba esperándola cuando alguien me apeló:

—Perdona, tú eres una de las chicas que quiso entrar en el vip el otro día, ¿verdad?

Me quedé un poco sorprendida ante la pregunta, así que no pude menos que girarme. Mi boca se abrió sin remedio... ¡¡Era Óscar Fanelli!!

—S-Sí... —balbucí, como si fuera imbécil.

Sonrió como un ángel celestial, mientras mi cuerpo se convertía en gelatina.

—Siento mucho que os echaran así. Me encargaré personalmente de ese tipo. No me gusta que gente así trabaje en mi *pub* predilecto.

—Bu-Bueno... Solo estaba haciendo su trabajo —dije entrecortadamente, pero la verdad es que estaba de acuerdo con él.

—Sí, pero tratar a una chica tan guapa como tú de aquella manera... no debería estar permitido.

En los rabillos de sus ojos —claros como los míos, solo que en verde—, aparecieron unas arruguitas que, lejos de quedarle mal, hacían juego con su sonrisa resplandeciente.

Juro que me sentí como la quinceañera más loca y enamorada del planeta.

—¡Ya estoy aquí! —Diana, que había aparecido por la esquina del edificio donde la estaba esperando, se aproximó a nosotros.

—Hola —saludó él, muy jovial.

La miré con cara de circunstancia... y ella me miró a mí del mismo modo, sin entender quién era el tío que me estaba acompañando. De repente se concentró en él, y vi claramente cómo sus ojos negros se expandían por la impresión.

—¡Oh, Dios mío! ¡El buenorro del piloto! —exclamó la muy discreta.

La miré con intención de matarla, deseando que cerrara la boca, literalmente, porque se le había quedado abierta a más no poder.

Óscar soltó una carcajada limpia ante el comentario de mi amiga.

—Es todo un halago de su parte, señorita —dijo de modo caballeroso.

Comprobé que ella babeaba igual que yo.

—¿Habíais... quedado? —El ceño de mi amiga se frunció, desconcertado.

—No, no, nos hemos encontrado —me apresuré a contestar. Ya sabía yo que iba a pensar cosas que no eran.

—Te lo he dicho alguna vez: tienes una estrella encima. ¡Acabas de encontrarte con tu ídolo por casualidad! Eso es suerte y lo demás son tonterías, amiga —vociferó, haciendo caso omiso a todas mis caras de: «Cállate ya de una vez, antes de que me abochornes más delante de él».

No hace falta decir que Óscar se estaba partiendo de la risa mientras intentaba controlarse para no estallar en carcajadas.

—¡Diana!

—¡¿Qué?! Deja de mirarme así, Claudia.

¡Encima! ¡La iba a estrangular en cuanto Fanelli se fuese de allí!

—Chicas, ¿qué tal si os invito a una copa? Creo que la noche con vosotras promete mucho.

Las dos lo miramos boquiabiertas.

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí! —contestó mi amiga por las dos.

Y así, de aquella manera, fue como conocí a mi ídolo.

Óscar Fanelli era genial en todos los sentidos. Además de, como ya he dicho antes, guapo, tenía más virtudes: era simpático, divertido, podía hablar de un sinfín de temas sin aburrir a nadie... No sé cómo, pero mi amiga Diana murmuró una excusa espantosa para dejarnos solos, y la cosa fue que, después de todo, funcionó para intimar más.

Óscar Fanelli aguantaba bien las cervezas, pero yo no tanto, así que, loca e impetuosa de mí, le pedí que me acompañara a casa.

—Vale, creo que debería conducir yo —me dijo mientras pasaba uno de mis brazos por sus hombros y me sostenía por la cintura.

Reí, con esa risa que solo tienen los borrachos y yo.

—Desde luego, creo que eres el más indicado, siendo piloto... Yo solo podría darle velocidad a tu coche.

Sin previo aviso, me cogió en volandas.

—Explícate mejor, preciosa. —No estaba segura, pero creo que nos dirigíamos a su coche, y era más fácil llevarme en brazos que ir tirando de mí, o al menos eso deduje después.

—Pues que soy la ingeniera encargada de la aerodinámica de la competencia. —Solté un hipido.

—¿Ah, sí? Eres una caja llena de sorpresas —comentó, algo pícaro.

Sonreí, un tanto zalamera.

—Tengo unas cuantas guardadas en el tintero, sí.

Le guiñé un ojo, intentando parecer sexy, aunque no estoy muy segura de que fuera eso lo que él vio. No obstante, me devolvió el guiño con otra sonrisa de esas suyas. En otras circunstancias estaría dándome de palos hasta en el carnet de identidad por toda la escenita que estaba montando, pero en ese momento la desinhibición alcohólica me tenía hechizada bajo su desleal protección.

Le indiqué dónde vivía. Ni idea de cómo lo hice, pues me había mudado hacía poco y no sabía muy bien llegar a mi casa de normal, así que menos bebida.

—¿Quieres que te ayude a entrar en casa? —se ofreció amablemente.

—No, no, tranquilo. —Abrí la puerta e hice el amago de salirme del coche, pero se quedó en eso cuando al poner un pie sobre el asfalto volví a sentarme de culo en el asiento.

Óscar Fanelli, muy caballeroso, me ayudó a ponerme en pie después de apearse del coche y dirigirse a mi lado.

—Bueno, espero que nos veamos pronto. Y no hablo de las carreras. —Su mirada cargada de intensidad se posó en la mía, un tanto difusa todavía.

—Yo... también —balbucí, atónita ante esas dos cúpulas aguamarina que no hacían otra cosa que arrebatarme el sentido junto al alcohol.

Cogió mi mano, me besó en la mejilla y volvió al interior de su coche. Embobada, contemplé cómo se marchaba.

Antes de dirigirme al portal de mi bloque me di cuenta de que había dejado un papelito en la palma de mi mano. Lo desdoblé sin mucho miramiento, teniendo en cuenta que se resistía entre mis

dedos desacompanados, y descubrí un número de teléfono. ¡El suyo! ¡El teléfono de mi ídolo máspreciado! Y solo me había costado conseguirlo una victoria con Víctor Campos en el terreno automovilístico, una quedada inusual con mi amiga Diana y una tanda de cervezas. Iría lista si lo hubiese planeado adrede.

No creía que se diesen muchas más ocasiones como esa, así que, reflexionando sobre lo que me había dicho mi amiga, pensé que, después de todo, sí que había nacido con estrella.

—¿Que te dio su número a pesar de la escenita versión trompa que vio de ti?! —gritó mi amiga al otro lado del teléfono.

—Deja de gritar así, me va a estallar la cabeza —le supliqué.

—Solo se te ocurre a ti mostrarte así ante el tío de tus sueños. —Rio.

Resoplé.

—No me lo recuerdes... ¡Qué vergüenza!

—Pero, oye, tienes su número; quizás lo dejaste fascinado. Lo cierto es que hablas mucho cuando te emborrachas; eres muy divertida.

—Eso quiero pensar, porque no recuerdo qué le dije para acabar con ese papel en la mano.

—¿Y eso qué más da?! Llámalo antes de que el tren pase de largo.

—Tienes razón, pero cuando se vaya este horrible dolor de cabeza.

—Vale, mantenme informada —añadió, soñadora.

Fruncí el ceño.

—¿Desde cuándo quieres saber cosas sobre el mundo de la Fórmula AM?

—Desde que ese guaperas rubio, que casualmente es piloto, se ha fijado en mi mejor amiga. Que, por otra parte, es su mayor fan. No me digas que no es el destino...

—¿Sabes? Esas novelas románticas que lees te empiezan a afectar en serio. Esto es la vida real, no sé qué le interesa a Fanelli de mí, y ya sabes que no me fío mucho de los hombres así.

—¿De los hombres «así»?

—De los que me gustan. Siempre pienso que puede salir mal.

—A menudo me hablas de mi nefasto mecánico, pero tu querido inglés no se queda atrás; te ha dejado marcada. Dale una oportunidad a Óscar, se le ve buen tipo. Y, además, te gusta.

Hice una mueca.

Era cierto: Óscar Fanelli me gustaba incluso antes de conocerlo. Y aquello, como bien intuía mi amiga, era de cuento; aunque nunca me hubiese imaginado que me daría su móvil así de fácil, y mucho menos que tuviese un mínimo de interés en mí.

—Tengo que pensarlo. Hasta luego, Di. —Colgué; la había dejado con la palabra en la boca. No me gustaba hacer eso, pero sabía que tenía muchas cosas que decirme al respecto, y mi cabeza no estaba para asimilarlas.

Me tiré de espalda al colchón. Dios, ¡cómo me alegraba de no tener que ir a trabajar ese día! Los preparativos para el campeonato de Fórmula AM estaban casi listos, y después de mantenernos día y noche trabajando, los jefazos nos habían dado un par de días de descanso bien merecido.

Gracias a eso había conocido a Fanelli.

Y gracias a eso ahora me estaba haciendo ilusiones con él.

Y no debía. Ya había tenido mala suerte con gente más o menos famosa en el mundillo. Mi gran amor, un fracaso de los monumentales, había sido Jeff Fires, uno de mis profesores de Aeronáutica. El condenado era el más guapo de la plantilla profesoral. Con treinta y cinco añitos se había ganado un puesto más que respetable entre los grandes rectores y profesores. Y además era muy interesante.

Lo nuestro no salió a la luz. No, él no estaba casado, pero eso de salir con una alumna no era lo que se esperaba de alguien tan importante en la universidad. Cuando se hartó de mí, me dejó por la que se convirtió en su sumisa y amantísima esposa: una modelo estrella proveniente de buena familia que había dejado su carrera profesional para dedicarse a vivir la vida de casada que Fires le ofrecía.

Hacía tiempo que lo había superado. Y, claro estaba, Óscar Fanelli no estaba en su misma posición. Ya no era la alumna de nadie, pero tampoco era famosa; no venía de una buena familia adinerada y no sabía si me gustaba realmente ese mundo de la fama. Él era un ídolo. Mi ídolo. Y estaba segura de que muchas chicas se interesaban por él tanto como yo.

«Sí, pero a ti te ha dado su número y a ellas no. ¡Aprovecha!», me dijo mi consciencia con la voz de Diana adosada a ella.

¡Qué diablos! Claro que debía aprovechar.

Me aproximé a la ducha, dispuesta a quitarme toda esa resaca lo antes posible, pensando en qué le diría a mi príncipe motorizado después.

Los jueves eran buenos para una quedada informal. Para una cita informal, concretaré. Y justo eso tenía yo esa noche: una cita con Óscar Fanelli.

Si tenía pocas uñas por todo el estrés acumulado con la escudería y Víctor Campos, ahora estaba mordéndome lo poco que me quedaba de ellas. Creo que jamás había estado tan nerviosa ante una cita como en esa ocasión. Ni siquiera cuando quedaba a escondidas con Fires.

—Siento el retraso. —Su trajeado porte apareció delante de mis narices. Jamás hubiese imaginado que unos pantalones de tela, una camisa informal y una chaqueta vaquera le quedasen tan bien.

—Tranquilo, acabo de llegar —murmuré, colorada.

Tomó asiento enfrente de mí. La mesa que había reservado era para dos, con una velita muy *chic* en medio. No estábamos en el *pub* de su escudería, sino en un restaurante que siempre había visto de paso y al que nunca me había atrevido a entrar por miedo a ver los precios del menú. Él había insistido en invitarme y yo no me había podido negar, aunque ahora podía permitirme —al menos mientras que a Víctor Campos no se le cruzara el cable y me echaran de mi trabajo— ir a sitios así más a menudo. No obstante, me sorprendía igualmente por estar en un lugar tan suntuoso como *La Orquídea Verde*.

El objeto de mis deseos esbozó una de sus sonrisas pícaras para mí.

—Hoy no pediremos cerveza, ¿vale? Mejor vino —bromeó.

Y yo hice un esfuerzo sobrehumano por no ponerme más colorada todavía.

—Sí, bueno... ¿Qué puedo decir? Hace tiempo que no bebo. Debí de causarte una impresión un tanto... extraña. —Sonreí lo mejor que pude, teniendo en cuenta que estaba algo así como disculpándome por mi bochornoso comportamiento.

—Más bien intrigante. No pareces la misma sin alcohol en las venas.

Hice una mueca.

—¿Y quién es mejor? —Mi rostro compuso un gesto entre interesante e indignado. Él soltó una carcajada.

—Quizás una mezcla de ambas estaría bien.

Sin quererlo reí. Ese tipo hacía que bajara todas mis defensas de una manera súbita.

La camarera se acercó, hicimos nuestro respectivo pedido y nos lanzamos a conversar de nuestra vida pasada; de cómo él había acabado siendo piloto y yo ingeniera aeronáutica.

—Cierto, algo así me dijiste ayer. ¿Para qué escudería trabajas? —preguntó—. Me tienes en ascuas.

Me lo pensé un poco antes de contestar. Quizás decirle que era de la competencia acabase con esa agradable cita; aun así, decidí contestarle:

—A riesgo de que no quieras volver a verme..., trabajo para Síter T. Racing.

Despegó un segundo la mirada de mí, con gesto sombrío, mientras su dedo anular hacía círculos sobre el mantel impoluto.

—Víctor Campos —murmuró—. Bueno, sí, quizás no sea lo más ortodoxo salir con la competencia, pero tampoco es tan grave. —Me miró directamente a los ojos, seductor.

Vale, lo confieso, la última barrera que había entre mis dudas y él se cayó al suelo con la hipnosis de aquellos ojos.

—Estoy de acuerdo. —Me vine arriba y le guiñé un ojo, toda sensual yo.

El resto de la velada transcurrió genial, sin hablar de la eterna enemidad de nuestras escuderías, conversando de los viajes que habíamos hecho y los lugares que habíamos visto, incluso de nuestras familias. Me daba la impresión de conocerlo desde siempre.

Esa noche también me acompañó a casa.

—Buenas noches —le dije antes de entrar en el portal—, lo he pasado genial.

—Yo también.

Iba a girarme cuando, de sopetón, me cogió de la muñeca y tiró de mí hacia él. Ese beso no estaba dentro de mis planes, pero mucho menos lo que vino a continuación.

—Claudia... Eres preciosa, guapa y lista. Sé que muchos te lo habrán dicho, pero es la única excusa que puedo darte por haber hecho esto. Me tienes... desconcertado. —Su mirada verde volvió a absorberme.

Lo cierto era que sí, me habían dicho eso mismo un millón de tíos, pero ninguno que me gustara realmente. Y, además, ninguno que me encendiera como él, con solo una mirada. Entre que llevaba un tiempo de sequía sexual, que él me ponía a mil y que estábamos en la puerta de mi casa..., me lancé a su cuello de forma posesiva. Óscar tampoco tuvo muchos reparos en seguirme el juego. Y en pocos segundos, nos vimos en el ascensor con demasiada ropa encima.

Me alegraba de que a esas horas de la noche a ningún vecino se le hubiese ocurrido bajar del quinto al primero, pues habría presenciado una escena algo subidita de tono. No habíamos llegado a la puerta de mi piso cuando ya nos habíamos deshecho de su chaqueta y su camisa, y a puntito estábamos de hacer lo mismo con mi camiseta estampada de diminutos puntos de colores.

No había duda de que Óscar Fanelli era puro fuego en el asfalto y... en cualquier lugar. Ni siquiera sé si cerré la puerta al entrar. Como dos inmaduros, solo pensábamos en meternos en mi cama, y allí fue donde caímos pegados como lapas, intentando arrebatararnos el uno al otro las prendas que nos quedaban encima.

Le ayudé a que todo fuese más rápido con mi ropa interior; los corchetes del sujetador siempre han sido la cruz de los hombres.

—Tienes prisa, preciosa. —Lanzó mi ropa interior por los aires.

«No tienes ni idea del tiempo que hace que no hago esto», dijo mi mente hasta arriba de libido.

—No más que tú —ronroneé mientras lo miraba traviesa.

Sus labios abrasaron los míos, regalándome nuevos besos apasionados. Sus manos me acariciaron el trasero, corriendo prodigiosamente por todos los poros de mi piel, llegando a donde se acumulaba todo mi calor.

Mi agonía tenía un límite.

—No me tortures más —le apremié con ansias.

Su mirada gatuna me observó entre lujuriosa y furtiva.

—Tus deseos son órdenes, nena.

Mostrando una habilidad magistral para deshacerse de sus *boxers* en un tiempo récord, no tardó en quedarse desnudo ante mí. Comprobé que estaba deseando saciarse tanto como yo.

Sin ningún miramiento, lo acorralé entre mis piernas abiertas y lo apreté por la cintura, atrayéndolo hacia mí.

—Eres como una gata en celo —murmuró con voz seductora.

—No lo sabes bien —dije mientras él gemía ante mi contacto.

—Me vas a matar si sigues así.

Sonreí, maliciosa, pero no paré de acariciarlo. Cuando intuí que había llegado a sus niveles más altos de excitación, me tumbé sobre el colchón, invitándolo a entrar en mi interior. Óscar me miró enfebrecido mientras me contemplaba en toda mi gloria.

No se hizo rogar. Pronto sentí la suavidad de su piel de nuevo, cerca de la mía, apoderándose de mi deseo. Gemí de placer mientras él me torturaba con besos salvajes, caricias y excitación. Mi locura iba en aumento, proporcional al placer que estaba sintiendo. Y, en pocos minutos, alcanzamos el clímax.

¡Menudo orgasmo! No recordaba uno así desde... desde... Creo que jamás había tenido uno de esa magnitud.

—Dios... —murmuré sin aliento—. Ha sido genial.

Él sonrió complacido, tan extasiado como yo. Y me pregunté por qué diablos había tardado tanto en invitarlo a casa.

—*E*res una guarrilla. ¡En la segunda cita!

Puse los ojos en blanco.

—Pero si tú eres peor que yo. Además, solo seguí tu consejo. ¡Me gusta muchísimo! No suelo lanzarme a los brazos del primero que pillo.

—No, doy fe. De hecho, eres bastante exigente con tus citas, por eso me tienes descolocada.

—Lo sé, quizás haya ido demasiado deprisa, pero te juro que fue muy difícil resistirme a él.

—Te creo, está de toma pan y moja. Pero, claro, eso ya lo sabes tú. En fin... —Hizo una pausa para bostezar—. Espero que me sigas contando tu romance idílico, pero a horas más propicias, amiga. Tengo sueño.

Esa vez me colgó ella.

Hice una mueca mientras contemplaba la puerta de acceso a la nave de mi escudería. Eran las ocho en punto: otro día en el que mi trabajo me reclamaba. Tenía que volver a poner los pies en la Tierra; el fin de semana con Óscar había acabado.

Había sido un poco cruel despertar a mi amiga tan temprano, pero no pude contenerme. Y, de paso, hice tiempo para no entrar a mi batalla personal en el campo laboral. ¿Con qué cara miraba a mi equipo después de haber estado con su mayor competidor? Bueno, tampoco creía que me consideraran una traidora. Yo podía hacer con mi vida privada lo que quisiera, pero...

—¡Eh! Hola —me saludó Víctor, que al parecer también acababa de llegar.

Estaba más feliz de lo habitual.

—Hola.

—Adivina qué —me apeló con el rostro soñador de un crío de cinco años.

Me resultó bastante mono.

—¿Qué? —Emulé una dulce sonrisa; me parecía algo atópico y gracioso.

—Ya se ha extendido el rumor de que nuestra escudería tiene potencial para ganar este año por el cambio aerodinámico.

Puse cara escéptica.

—¿Y eso por qué? Yo no le he dicho nada a nadie.

—No, eres demasiado modesta, pero otros no lo son tanto. El director y los demás ejecutivos están encantados. Y, bueno..., yo también.

De repente, una alarma roja se iluminó en mi interior.

—¿Estáis locos? ¡Si ni siquiera sabemos si funcionará!

—Rubita, deberías confiar más en ti, como bien me dijiste.

Hice un mohín ante esa ironía.

—Vale, vosotros mismos, pero no quiero reproches después si se gafa el primer Gran Premio.

—¡Por Dios, deja de decir eso! —Me cogió de la muñeca y me condujo al interior del recinto—. Vamos, estoy deseando repetir las pruebas en el circuito.

No tuve más remedio que dejarme arrastrar por esa fuerza masculina que tiraba de mí.

David, los demás mecánicos, los ingenieros y el resto del equipo se hallaban contagiados por el efervescente humor de Campos. Todos daban por hecho que íbamos a ganar, y cuanto más confiaban ellos en mí, más diminuta me hacía yo. ¿Qué pasaba si me había equivocado? La escudería Síter T. Racing buscaba los mejores puestos desde hacía unos años, aunque lo que quería era ganar a toda costa.

Estaba dispuesta a que así fuera, pero también cabía la posibilidad de que me equivocara, y tanta responsabilidad sobre mis hombros me ponía algo enferma.

Hicimos nuevas pruebas bajo supervisión de un montón de ojos cotillas, y los ánimos se avivaron aún más cuando conseguimos un tiempo mejor del que habían conseguido con el tal Wendel: un minuto, treinta y seis segundos y diez décimas en dar una vuelta completa.

—Voy a revisar ese sistema de frenado. También miraré la tracción de los neumáticos. Los blandos no duran más de diez vueltas. Quizás los cambie por unos más resistentes para las primeras vueltas —le dije a Víctor acercándome al coche que acababa de derrapar, viendo el estado lamentable en el que habían quedado las ruedas.

—Sí, probablemente debas hacerlo —me dijo, dándome la razón, mientras se atusaba el corto pelo castaño, ligeramente enmarañado por el casco.

Lo miré divertida.

—¿Ahora me das la razón en todo?

—Rubita infernal, debería habértela dado antes. Mi colega Wendel se muere de la envidia, pero también se alegra; espero que algún día lo conozcas. Los dos podríais influir mutuamente.

No sabía si encontrarme con la persona a la que había sustituido sería tan buena idea como le parecía a él, pero no le quité las ilusiones.

—Sí, tal vez. Aunque espero que no le hayas contado todo, todo... —Lo miré con cara de circunstancia.

—Solo cosillas superficiales. —Intentó poner tono casual.

Pero no me lo tragué.

—¡Víctor! Se supone que debemos ser discretos por el tema de la competencia. No sé si sabes lo que supone ese término —le regañé.

—Vamos, Wendel es de confianza. Además, no trabaja para ninguna escudería; solo quería saber cosas sobre las innovaciones.

¡Estupendo! El piloto lleno de testosterona iba por ahí aireando mi libro de truquitos aerodinámicos.

Lo miré indignada, sin contestarle.

—Venga, no dirá nada, créeme.

Resoplé, como si me quedase otra.

—Vale, vale. Pero, como ya he dicho, no quiero represalias.

El trabajo duro no había acabado del todo. Esa noche debía probar un par de neumáticos más para contrastar si el terreno podría aceptar el peso y la tracción de Víctor sin desmantelarse en poco tiempo. Y hacer lo mismo con el coche del otro piloto de la escudería.

Me quedé toda la tarde en la sala de pruebas montando y desmontando mentalmente el monoplaça, haciendo fórmulas de velocidad que me convencieran, hasta que, finalmente, me dormí.

—¿Claudia? —me llamó alguien.

Rezongué como una niña pequeña. Había descansado poco últimamente y estaba muy agotada de todo el día; lo que menos quería era que me despertaran.

—Venga, rubita, te llevo a casa, has trabajado suficiente por hoy —me volvió a apelar la misma voz.

Lo reconocí al instante.

Con pesar, me digné a abrir los ojos. Me había quedado dormida sobre la mesa de cristal con mis apuntes de impulsión, tracción y energía cinética pegados a la cara.

—Lo siento. —Quise levantarme del taburete, pero me tambaleé al hacerlo. Dios, me pesaban tanto los párpados que apenas podía abrirlos.

—Cuidado, mujer. —Me cogió por la cintura con una mano y con la otra me sujetó del brazo suavemente.

No pude evitar recordar mi escena de borracha empedernida con Óscar, cuando había tenido que sujetarme para que no cayera al suelo redonda. Ahora se repetía, más o menos, con Víctor, y eso fue aliciente suficiente para que me espabilara de una vez.

—Estoy despierta, tranquilo.

Me miró un poco preocupado.

—¿Te alimentas bien y todo eso? La verdad es que, ahora que me fijo, tienes ojeras.

Me enterneció un poco; se le veía preocupado de verdad.

—Sí, todo bien, es que he tenido... una semana movidita.

Silbó.

—Pero ¿qué has hecho? Si creo que has llegado más cansada de lo que te fuiste el miércoles...

«Si te lo contara, te caerías de espaldas», pensé, aunque no iba a decírselo por nada del mundo.

—Estoy bien, de verdad —sonreí, intentando restarle importancia al asunto, aunque mi estómago me dejó por mentirosa: el muy maldito rugió con todas sus ganas en ese momento. Víctor sonrió, y la magnitud del resplandor de aquella sonrisa llegó hasta mi sistema nervioso. La verdad era que era bastante atractivo.

«Dios, debo de estar más salida que una esquina. ¡Ahora me gustan todos!», me regañé, a la vez que me obligaba a recordar que era otro piloto el que debía poblar todos y cada uno de mis pensamientos.

—Te invito a cenar. Después de todo lo que has hecho, te lo mereces.

Sonreí con un pelín de arrogancia.

—Me merezco mucho más.

Hizo un gesto con la mano, como si se quitara el sombrero delante de mí.

—Cierto, pero primero empezaremos por una cena para acallar a tu tigre.

Y como si hubiese sido invocado, mi «tigre» volvió a rugir.

Me replanteé su oferta, pues no sabía si en las circunstancias en las que me hallaba —viéndome y acostándome con la competencia más directa— eso sería propicio o no.

—Los demás ingenieros también han tenido mucho que ver. Ya no les importa acatar mis órdenes y están trabajando de maravilla. Ellos también se merecen una cena. —Sonreí de lado, intentando apartar un poco su proposición.

—Vamos, Claudia, quiero enterrar el hacha oficialmente. Sé que he sido... un poco grosero contigo. Es mi manera de hacer las paces y pedirte disculpas.

Sus pupilas me imploraron esa oportunidad de izar una bandera blanca entre nosotros y, bueno, ¿qué puedo decir? Últimamente parecía estar necesitada de cariño, porque me ablandé como una

madre ante la primera palabra de su hijo y le dije que sí.

El concepto de «cena» no era el mismo para Fanelli que para Campos, quien me había llevado a un bufé libre. E indiscutiblemente no era algo que pudiese considerarse romántico, pero lo cierto era que tenía su «qué» estar allí con él, a solas.

—Nunca había venido a este sitio —comenté mientras llevaba los ojos hacia los altos techos pintados de color vainilla.

—No sabía qué te podría gustar, así que no se me ha ocurrido otro lugar mejor. Aquí hay un poco de todo. Igual puede parecer algo cutre, pero la comida es genial, de verdad.

Me di cuenta de que estaba un poco nervioso.

—Oh, no quería decir eso —me apresuré a contestar—. De hecho, esto me va más que *La Orquídea Verde*.

Víctor elevó las cejas, un poco sorprendido.

—El restaurante más caro de toda la ciudad... —Silbó—. Espero que disfrutaras de la comida, vale una pasta.

Imité su gesto y alcé las cejas.

—Tú también puedes permitirte —apunté.

—Sí, es cierto, pero para mí el valor del dinero no me importa mucho en ese sentido. Prefiero seguir frecuentando mis locales habituales. He venido aquí durante muchos años, incluso hice buenas migas antes de ser piloto con uno de los cocineros. Que tenga más dinero no ha hecho que pierda mis viejas costumbres. No me gustan esas personas que no conservan nada de su pasado, y no me gustaría convertirme en una de ellas.

Esas palabras me impactaron mucho. Víctor el arrogante era un tipo humilde después de todo. Un tipo con sentimientos, como los míos y los de cualquier otro ser humano que no se hubiese abandonado a la fama. Me di cuenta en ese momento de que estaba viendo al verdadero Víctor Campos; no al piloto, sino al hombre que se escondía debajo. Y lo cierto fue que me gustó mucho.

—¿Sabes que nunca lo hubiese dicho? No te pega demasiado. —Me arrepentí un poco de decir aquello, así que intenté arreglarlo de otra manera—: Quiero decir que, bueno, tú en el *paddock* eres... Mmm... Esto...

Las palabras «impertinente», «arrogante» y «prepotente» estaban en la punta de mi lengua, pero no quería decirlo abiertamente, sobre todo porque últimamente iba de buenas. Para mi asombro, soltó una sonora carcajada.

—Puedes decirlo tranquila. Soy un cabrón de cuidado, lo sé.

—Bueno, lo que yo pensaba era más suave, pero sí, esa definición también vale.

Volvió a reír y me contagió su risa.

—Lo siento, no creo que sea adecuado que te diga todo esto —me disculpé después de serenarme un poco.

—No, no importa. Creo que has tenido todos los motivos para mandarme a la mierda desde el principio: intenté molestarte, te comparé con un mecánico, no creí que fueses capaz de sorprender a nadie con tus ideas y además intenté hacer que te despidieran.

Hice un mohín de disgusto al acordarme de eso.

—Mejor no hablemos de viejas trifulcas. Esto es para hacer las paces, ¿no? —Levanté mi vaso de cola para brindar.

Víctor hizo lo mismo.

—¡Por la paz! —entonó.
Chocamos los vasos y nos dispusimos a beber.

*H*e de decir que mi doble vida no me iba nada mal. Mi trabajo en la escudería estaba siendo fructífero, el Campeonato Mundial empezaría en Asia en cuestión de un mes, mis citas con Óscar eran cada vez más frecuentes y, bueno, estaba empezando a considerar que había dejado de ser un simple rollo esporádico.

Con Víctor tampoco había problemas. Al conocerlo mejor, habíamos hecho buenas migas. Me sabía mal cuando despotricaba de Rear Racing y ponía a Fanelli verde, pero no quería decir nada al respecto. Me fastidiaba porque estaba hablando mal de mi «novio», pero a veces, cuando pensaba en que yo había hecho que ese bólido suyo fuese más potente, me apuntaba el tanto y me contagiaba con su alegría.

Sabía que la eufórica vida que llevaba acabaría alguna vez. Exactamente cuando todos sus frentes —mi escudería, Víctor Campos y Óscar Fanelli— chocaran entre sí en una especie de *big bang* sobre ruedas, cubriéndome con una nube de polvo y situándome directamente en el medio de su epicentro. El primer detonante de ese futuro choque se manifestó en una de las exquisitas cenas con Óscar.

—¿Por qué no te unes a mi escudería? —me preguntó de sopetón.

Casi tiré el vino de la copa, y no me hubiese perdonado hacer eso en *La Orquídea Verde*.

—¿Unirme?

La pura verdad era que ese había sido mi sueño desde que había empezado a estudiar Aeronáutica. Pero dejé de pensar en ello en cuanto me propuse hacer de Síter T. Racing la mejor escudería del mundo.

—Sí, así no tendríamos que vernos a escondidas por el qué dirán. Y, además, me ayudarías con mi automóvil. He oído que eres muy buena en aerodinámica. —Me guiñó un ojo y después bebió de su copa de vino.

A mí no me gustaba mucho el vino, pero como la cerveza me volvía tarumba, había aceptado la opción B, lo que él bebía. De hecho, siempre me pedía lo mismo que Óscar. No estaba acostumbrada a comida tan selecta, así que acababa sucumbiendo a sus gustos por descarte.

—Bueno, me he comprometido con Síter T. Racing. No puedo abandonarlos así, sin más.

—Piénsatelo. Las correcciones del sistema de frenos que has hecho me vendrían de perlas.

Fruncí el ceño.

—¿Quién te ha dicho que...?

Me quedé a medias, ya que Óscar me interrumpió:

—Solo son rumores, pero siempre hay algo de cierto en ellos. Piénsatelo, me gustaría que trabajáramos juntos en lo que a ambos nos apasiona... —Sonó un tanto lapidario, como si no quisiera contestarme—, aparte de la cama —añadió con una nota divertida en la voz, quitándole hierro al asunto.

—Sí, suena bien, pero... Tengo que pensarlo.

—Por otro lado —prosiguió sin escucharme—, no creo que haya mucho que reflexionar sobre el tema. Estamos juntos, ¿qué más necesitas para tomar la decisión?

Fruncí el ceño, un pelín indignada.

—Que yo sepa, no tiene nada que ver una cosa con otra. Encontré este trabajo antes de conocernos. También había contactado con tu escudería y pasaron olímpicamente de mí. No quiero entrar por enchufe, para que todos murmuren a mis espaldas que he llegado hasta ahí por ser «la titi rubia del piloto Óscar Fanelli».

—Nadie tendría por qué menospreciarte, si es así como lo ves. Pero, tranquila, no pasa nada. Piénsalo, preciosa; no hay prisa. —Puso sus ojos verde claro en mí, esa vez conciliador. Supongo que había visto que el tema no me había hecho mucha gracia.

Suspiré.

—Vale, dejémoslo a un lado.

La camarera nos sirvió el primer plato y un silencio incómodo se instauró entre nosotros.

Estaba estudiando los diferentes circuitos de la competición, haciendo un sondeo entre el clima y el asfalto de cada uno, para decidir los neumáticos apropiados que usaríamos primero, cuando volqué la taza de café sobre mis documentos.

—¡Mierda, mierda! —Cogí las hojas y empecé a agitarlas de un lado a otro como una loca, como si con eso pudiese eliminar el líquido pegajoso que había vertido sobre ellas.

—Dudo mucho que eso valga de algo. Esos mapas se han echado a perder, pero no te preocupes, hay más copias —me dijo Víctor, entrando por la puerta de un pequeño habitáculo que había en el taller, lugar que había adoptado como despacho.

—Sí, lo sé, pero me ha costado mucho que el director los sacara de su caja fuerte custodiada por leones —dije un poco irónica.

—¿Tiene caja fuerte? —sonrió.

—No —yo también sonreí—, pero están en su despacho bajo llave, así que no puedo cogerlos sin más. El jefe se ha ido temprano a arreglar no sé qué cosas de licencias y demás.

—Lo pillo, está ocupado.

Resoplé.

—Sí, y yo no tengo los mapas de esos dichosos circuitos.

Víctor se acercó y me arrebató los papelorios llenos de café.

—En serio, tranquilízate. Últimamente estás muy estresada. Todo está bien —me animó.

Suspiré resignada. Era verdad que estaba estresada, pero no por el trabajo, sino por Óscar. Llevábamos un par de días hablándonos lo justo y necesario después de la proposición que me había hecho en nuestra última cena, y no era plato de buen gusto.

—¿Quieres dar una vuelta en el coche de pruebas? —Víctor hizo que volviera al mundo.

Abrí la boca, un tanto atónita.

—¿Cómo dices?

—Que si quieres darte una vuelta en el circuito con el coche de pruebas. —Me observó entre curioso y desconcertado—. Es un bueno método antiestrés, te lo aseguro. —Sonrió de lado.

—No sé si es buena idea. No cojo un coche desde hace mucho tiempo.

Su rostro se tornó confuso.

—¿Tienes carnet de conducir?

Puse los ojos en blanco.

—Claro que tengo, solo que no lo uso. Se me da mejor hacer que un coche corra que conducirlo yo.

—Bueno, nos arriesgaremos. Vamos. —Había cogido la costumbre de llevarme de la muñeca de acá para allá, aunque esa vez lo que cogió fue mi mano y, para ser honestos, no me importó.

A la vieja usanza, nuestra escudería había adaptado una zona abandonada como circuito de prácticas. Y ahí estaba yo, en esa pista callejera, debatiendo interiormente si huir como una vulgar cobarde o enfrentarme a uno de mis miedos más profundos.

—¿Lista? —Víctor me acomodó el casco, después de haberme hecho vestir el mono reglamentario.

Más que estar lista me preguntaba por qué cuernos me encontraba sentada en un coche de carreras.

—No estoy muy convencida.

Esbozó una sonrisa juguetona.

—Eso es que sí.

Se despegó del coche y me dejó sola, metida en el reducido espacio que debía ocupar el piloto, no yo.

—No sé cómo por qué quieres que haga esto si ni siquiera estoy segura de mí misma —intenté hacerle cambiar de opinión.

—No digo que conduzcas a toda leche, solo que te des una vuelta y pruebes de primera mano lo que estás ayudando a crear. Si tienes el carnet de conducir, no creo que haya problema.

—No alcanzaré la misma velocidad que tú. Primero, porque no medimos lo mismo, y esto no está preparado para mí. Segundo, la fuerza de tracción no funciona igual con tu peso que con el mío. Tercero...

Víctor giró los ojos sobre las órbitas y me instó a callar.

—Por Dios, deja de ser tan matemática y diviértete. Haz solo la recta, no las curvas. Y, por favor, siéntelo y relájate, ¿vale?

Ice mi pulgar hacia arriba. Ya que se había tomado la molestia de intentar hacer que me despejara, no iba a hacerle el feo. Además, me hallaba ante un reto que tenía pendiente con la carretera desde hacía tiempo.

—Allá voy.

Para los que no estén informados, los coches de Fórmula AM solo disponen de dos pedales: el del gas y el del freno. Entre todos los botones del volante, hay dos para controlar los cambios de marcha. Metí la primera y apreté ligeramente el pedal del gas. El coche vibró y comenzó a andar poco a poco, mientras yo me ponía más nerviosa. Cuando hundí el pie con ganas... ¡salí disparada!

—¡Oh, Dios mío! ¡Que me estampo! —grité al pisar el freno con suavidad, sin llegar a detener el coche.

Conseguí estabilizar la velocidad y empecé a dejar el pánico a un lado. Me di cuenta de que era más fácil de lo que creía.

No sé qué impulso me dio, pero pensar que estaba en un coche de carreras y que aquella era mi oportunidad de superar todos mis miedos hizo que me replantease muchas cosas, como que ese era el mundo en el que vivía y no había sabido disfrutar de él. Siempre evitaba conducir porque, nada más sacarme el carnet, me estampé contra un árbol por culpa de un gato, y jamás me había

atrevido a coger el coche después de ese incidente. Pero aquello era diferente, como vivir en un juego. No había gatos —al menos a simple vista—, tampoco personas, así que no iba a atropellar a nadie. El ánimo se me subió a las nubes, y empecé a entender lo que Víctor me había dicho. La adrenalina me estaba haciendo vivir al límite y no quería parar. Era el mejor remedio que jamás había conocido contra el estrés y la frustración.

¿Paré al final de la recta como me había dicho el piloto? ¡Ja! Hice la primera curva, aunque la cogí un poco mal, y fue en ese momento cuando el coche empezó a desestabilizarse sin que yo pudiese hacer nada. La velocidad a la que iba no era la adecuada, de modo que, aunque no hubiese árboles, acabé empotrada contra las barreras que bordeaban el *paddock*, saliéndome del circuito y derrapando en la arena.

La impresión del acontecimiento me dejó un poco confusa, aferrada al volante como si me hubiera pegado a él con cola, en medio de una nube de polvo.

Víctor no tardó más de un minuto en llegar, pero a mí se me antojó más tiempo.

—¡Por todos los infiernos! ¿Estás bien? ¡Te dije la recta! ¡La jodida y maldita recta! —me regañó como un loco.

Y yo solo pude parpadear perpleja.

—¿Me estás escuchando? —Víctor desmontó el volante y me desabrochó el arnés—. ¿Estás herida? ¿Por qué no respondes? —preguntó mientras su rostro intranquilo me observaba.

Me hubiese encantado detenerme a pensar en sus preguntas y respondérselas con calma, pero mi cabeza decidió otra cosa.

—¡Ha sido genial! ¡Otra vez! ¡Otra vez! —exclamé excitada.

El corredor frunció el ceño, totalmente desconcertado. Un segundo después, su gesto se volvió malhumorado.

—¡¡Por supuesto que no!! ¿Quieres matarte? O mejor, ¿quieres matarme a mí de un susto? ¡Jamás he visto conducir a alguien tan mal!

Puse los ojos en blanco.

—No te pases, tampoco ha sido para tanto.

Me ayudé con sus manos para terminar de levantarme y salir del monoplaza. Cuando vi lo que había hecho, quise morirme. El camino que había dibujado derrapando consistía en una línea en zigzag; la barrera de plástico que me había llevado por delante estaba completamente destrozada, y el chasis del coche estaba adornado con unos cuantos bollos y arañazos a ambos lados.

Cuando me quité el mono, fui consciente por primera vez de que mis piernas y mis brazos tampoco habían salido muy bien parados. Algunas zonas estaban marcadas por un tenue color rosa, que más tarde se convertiría en morado, y algún que otro arañazo.

—Sería conveniente que te pusieras algo ahí, ahí y ahí. —Refunfuñando, me señaló los brazos y la rodilla. Mis pantalones cortos y mi camiseta de tirantes no daban para tapar mucho—. Espera, ya te lo echo yo.

Después de la que había liado, no tuve valor de quejarme lo más mínimo, aunque en mi mente se formulaban las palabras: «Ha sido por tu culpa, tú me has dicho que haga esto». No obstante, me dejé curar.

—¡Au! —me quejé.

—Claudia, deja de moverte —me ordenó, gruñón.

Alzó hacia mí el algodón oxigenado; por desgracia, en el botiquín no habíamos encontrado nada mejor.

—Escuece —apunté.

—Eres como una cría —replicó él.

En otras circunstancias, probablemente me hubiese indignado por el simple hecho de llevarle la contraria, pero estaba poniendo tanta dedicación en curarme que no podía devolvérsela así. En su lugar, esboqué una sonrisa.

—En el fondo te sientes culpable.

Paró un segundo de dar suaves golpecitos contra mi rodilla dolorida.

—¡Joder, pues sí! ¡Casi te matas! Y la idea ha sido mía...

Estallé en carcajadas.

—No tiene gracia —volvió a gruñir, lanzando el algodón al suelo.

—Perdón, perdón, pero es que me parece divertido que adoptes la postura de padre. —Seguí riendo con ganas.

Se enfadó aún más.

Farfullando, con una rodilla hincada en el suelo, pues se había puesto a la altura de mi malherida articulación para curarme, intentó levantarse, aunque se cayó de culo, cosa que me provocó más risa.

Le ofrecí una mano mientras intentaba contenerme, pero no podía. Él la apartó de un manotazo.

—Deja de burlarte de mí —dijo irguiéndose antes de dedicarme una mirada asesina.

Dos milésimas de segundo después, apretó los puños y empezó a dar zancadas hacia la puerta. Había herido demasiado su orgullo, y corrí detrás de él, deteniéndolo justo en el umbral de la puerta.

—Espera, no te vayas así. —Soné un poco alarmada mientras lo aferraba del brazo.

Se giró y el peso de su mirada castaña recayó en mí.

—No veo en esto nada gracioso por muchas razones —comentó, algo más relajado.

—Lo... Lo siento, no quería ofenderte.

Respiró hondo y después sonrió.

—He podido comprobar que eres tan dura como tu cabeza. Mírate... —me recorrió de arriba abajo con ojos traviosos—, cuatro rasguños después de esa carrera contra el viento que te has marcado.

Hice una mueca.

—La verdad es que sí, he sido un poco temeraria con esa curva —afirmé con una nota de orgullo.

A continuación pasó algo insólito: el piloto alzó una mano y me tocó la mejilla suavemente.

—Eso es lo que más me gusta de ti, rubita, la forma en la que a veces desafías las cosas. Brillas por eso y es tan... tentador. —Observé cómo su rostro se enternecía al decir aquello.

Ni el mejor oráculo del mundo hubiese podido predecir el beso que vino después. Sus labios no se parecían en nada a los de Óscar; sus besos eran más apremiantes, incluso bruscos en algunas ocasiones. Víctor era todo lo contrario. Calmado, pasional y muy embriagador. Y no solo me besó, sino que me sujetó de la cintura y mi cuerpo no tuvo más remedio que pegarse al suyo, rozando sus músculos bien formados.

Sus manos empezaron a deslizarse ávidamente por mi espalda, mientras las mías también se escurrían entre sus brazos. En poco tiempo sentí un calor sofocante. Nuestros labios se habían convertido en un fuego que quemaba a marchas forzadas.

Alzó mi cuerpo sin problemas, apoyando mi espalda en la pared mientras sus manos se aferraban a mi trasero. Comencé a revolverle el pelo castaño, motivada por la excitación. Él gimió, y yo lo hice con él.

De repente abrió los ojos y, como si se diese cuenta de lo que estaba haciendo, separó su rostro del mío unos centímetros mientras me depositaba en el suelo con suavidad. Mi cabeza se quedó en blanco por un momento, cuando se separó de mí. No podía hacer otra cosa más que mirarlo atónita, sumergida aún en el roce de sus labios contra los míos.

—Disculpa, no debería haber hecho eso —dijo sin más, alejándose de mí agitado, para luego terminar de cruzar el marco de la puerta de mi «despacho».

Apoyé mi espalda contra la pared, pues mis pulsaciones también se habían disparado. Intenté asimilar que Víctor Campos me había insinuado que le gustaba, y que, además, me había besado de una forma que jamás había experimentado. ¿Lo peor de todo? Que me había gustado. Mucho. Más de lo que hubiera querido admitir. Y eso no estaba bien, teniendo en cuenta que salía con otro piloto; su mayor enemigo.

—*P*ero bueno, chica, ¿tú no paras o qué? ¡Vaya vida más ajetreada llevas! Si yo estuviese como tú, tendría un dolor de cabeza horrible.

—¿Crees que no lo tengo? Menuda semanita... Y ahora no sé cómo mirar a Víctor a la cara.

—Mientras no lo mires como a Óscar, creo que estará bien.

—¡Esa es otra! ¿Crees que debería contárselo?

Mi amiga resopló.

—¿Para qué? No tienes nada con Campos, y, por lo que yo sé, no te interesa mucho. ¿Me equivoco?

Dudé unos instantes porque, francamente, ya no sabía qué pensar.

—No, claro que no.

—Pues ya está. Si Campos te dice algo sobre el tema, déjale bien clarito que no sientes nada por él y listo. Dudo mucho que Fanelli se entere, y no te recomiendo que se lo cuentes por ahora, teniendo en cuenta que no estáis en vuestro mejor momento...

—Tienes razón. —¿La tenía? No sabía qué pensar, pero de las dos ella era la única que podía hacerlo más racionalmente en esos momentos, ya que yo tenía un colapso mental.

—Siempre la tengo. —Sin verle la cara, me imaginé a mi amiga sonriendo con una pizca de malicia; le encantaba llevar la razón—. Hazme caso y deja de meterte en más líos. Contacto con Víctor Campos estrictamente profesional. ¿Entendido? Nada de juegos, de bromas o de carreras suicidas.

Puse los ojos en blanco. Cuando le había contado mi hazaña, Diana me había regañado tanto como Víctor.

—Vale, vale, lo he cogido.

—Tengo que dejarte, entro al trabajo. No todas tenemos la suerte de no trabajar los sábados por la tarde.

Sonreí ante su comentario. Para mi amiga «sábado» era sinónimo de «domingo», y desde que había encontrado trabajo en una *boutique*, había tenido que cambiar el chip totalmente. Por otro lado, sabía que estaba agradecida de tener las mañanas libres para poder dormir cuanto le diese la gana.

—No te quejes, el turno de tarde tampoco está tan mal.

—Ya, ya. Venga, te dejo. —Colgó como siempre, sin despedidas.

Estaba tan desquiciada con todo lo que había pasado con mis dos pilotos que no me apetecía ver a ninguno. Víctor se había largado a su casa después de besarme, y ya no lo había visto más. Óscar tampoco se había preocupado mucho por llamarme para quedar, como llevábamos haciendo desde que nos habíamos conocido, y eso también me tenía un poco inquieta.

Suspiré abatida. Nada parecía tener sentido.

Mi maravilloso novio me estaba dando de lado porque no había sucumbido a su petición y Víctor Campos —alias piloto insufrible— prácticamente se me había declarado. ¿Cómo era posible que las tornas hubiesen cambiado así? Por más que buscaba una respuesta a esa pregunta, no veía la explicación por ningún lado.

Después de darle vueltas al asunto, resolví ir al *pub* de la escudería Rear Racing. Con un poco de suerte, mi rubio de ojos aguamarina andaría por allí. No iba a avisarle, a ver qué tal le sentaba la sorpresa.

—Buenas tardes, señorita —me dijo el armario de tres puertas, el *segurata* al que aún no habían despedido. Me había visto varias veces con Óscar, así que ya no me prohibía el paso nunca.

—Hola —contesté, seca.

Subí las escalerillas de acceso a la zona vip y allí encontré a mi piloto. No estaba solo. Le acompañaba una figura negra; con la escasa luz, no podía ver bien. ¿Sería una chica? Mis celos se elevaron al cubo solo de pensarlo.

Me acerqué pisando fuerte y, cuando llegué a su lado, comprobé que era un tipo de mediana edad quien estaba a su lado.

—¡Claudia! ¿Qué haces aquí? —Sus ojos se expandieron dos cuartas.

Le eché un ojo al caballero al que había confundido con una mujer. Él también me miraba atónito. Me crucé de brazos. Aunque aliviada de que no me estuviese poniendo los cuernos, seguía algo enfadada por su indiferencia durante toda la semana.

—Bueno, si Mahoma no va a la montaña..., la montaña tendrá que ir a Mahoma —solté sin condescendencia.

Se levantó de inmediato.

—Escucha, estoy muy ocupado ahora mismo. Luego podemos hablar de lo que quieras —me apremió algo nervioso.

Miré al hombre con el que estaba reunido; seguía con cara de sorpresa. Levanté una ceja. La cosa era que me sonaba su cara, y no sabía de qué.

Óscar me empujó, echándome un brazo por la cintura, instándome a irme de allí lo más rápido posible.

—Siento haber estado un poco desaparecido, pero con el tema del campeonato me han tenido mucho tiempo retenido.

Ni siquiera me dio tiempo a replicar, y en dos segundos me vi bajando las escaleras por las que había subido. Fruncí el ceño; Óscar jamás me había tratado así. Quizás se avergonzara de mí después de todo, como había hecho Fires en su momento.

Me fui de allí entre molesta y decepcionada, a paso lento, caminando sin rumbo por aquel barrio que ya me era más familiar. Mala suerte la mía que un día primaveral, claro y soleado como aquel se tornó encapotado y grisáceo. En pocos segundos, una tenue lluvia empezó a emanar de las nubes.

«Estupendo», pensé, alzando mis ojos cristalinos hacia el cielo.

Había elegido unas chanclas blancas y un vestido vaquero de manga sisa por encima de las rodillas para vestirme. Más de uno se había quedado mirando mis grandes moratones por la calle, y aunque eso me daba igual, me parecía raro que mi novio ni siquiera se hubiese fijado en ellos. Suspiré; quizás ya habíamos pasado a la historia después de todo.

No estaba muy acostumbrada a salirme de mi línea, y mucho menos desde que había encontrado trabajo en Siter T. Racing, pero decidí que ese día iba a ser perfecto para ello. Hacía tiempo que

no iba de paseo a otro sitio que no fuese el *pub* de Rear Racing, de mi casa a la nave de mi escudería o al circuito que usábamos para practicar, y las quedadas con Diana en su casa o en la mía. El burgo de la ciudad era algo que se había quedado al margen de mi vida cotidiana. El sol no podría tomarlo, pero al menos me daría una vuelta y me despejaría del mundo automovilístico un rato. Casi empezaba a pensar que Diana tenía razón, que me había metido en un mundo de especímenes extraños, inundado de hombres motorizados y egoístas.

La plaza central de la ciudad era de corte medieval. Ir allí era como trasladarse a otro mundo. Ese había sido mi lugar favorito cuando me mudé justo después de volver de Inglaterra y decirles a mis padres que quería una oportunidad de ejercer mi verdadera vocación.

¿Para qué habría venido? Mientras paseaba por la plaza, vi al piloto impertinente. Estaba tomándose un helado con una chica, metidos ambos en uno de los pocos portales que había en el lugar, guareciéndose de la tramposa lluvia que había empezado a arrear.

Salida de la nada, una punzada de celos se apoderó de mí. Los dos estaban inmersos en risitas y miraditas; la complicidad era evidente.

Como una espía, me acoplé a una esquina y seguí observándolos. ¿Se podía saber a qué había venido ese beso pasional si tenía a otra? Aunque, por otro lado, si había alguna duda con respecto a lo que sentía por Víctor, él solito acababa de disiparla.

Dejé de mirarlos y pegué mi espalda a la fachada del edificio. La lluvia me caía encima, pero me daba igual. Lo único que podía retener en la mente en aquel momento era ese maldito beso.

«¿Por qué no puedo parar de pensar en eso? Después de todo, ver esta escena es lo mejor que me ha podido pasar», me dije, aunque no funcionó para quitarme de la cabeza que, en el fondo, me sentía un poco herida por él.

Me di cuenta de que mi respiración estaba agitada cuando una voz se dirigió a mí.

—¿Claudia? —Sus ojos marrones me observaban turbios cuando lo posé la vista en él—. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

Aunque tenía puesta una chaqueta sobre ellos, poco les valía para no empaparse tanto como yo. Comprobé que ella me estaba contemplando tan extrañada como él.

—Hola, Víctor. Había venido a dar una vuelta y..., bueno... —miré al cielo—, me ha sorprendido la lluvia —contesté cortada.

—Sí, a nosotros también —dijo ella, tan normal.

Y no sé por qué tuve el impulso de odiarla. ¿Qué hacía hablándome su... rollete?

—Ven con nosotros, mi casa está cerca. Íbamos hacia allí al ver que no escampa —siguió la chica.

Me quedé pálida. ¿Cómo? ¿Que me fuese con ellos? ¿A su nidito de amor? Creo que él notó mis dudas.

—Disculpad, soy un poco maleducado —se apresuró a explicarme—. Claudia, esta es mi hermana Chus. Chus, esta es la ingeniera aeronáutica de la que te he hablado.

¿Hermana? ¿Y le había hablado de mí? La confusión en mi rostro se acentuó aún más.

—¡Vaya!, por fin te conozco. Encantada. —Me ofreció una mano y yo, como un robot, se la cogí—. Insisto, sube a casa.

Dije que sí con la cabeza porque mi mente aún seguía un poco embotada.

El piso de Chus era bastante acogedor.

Nos dio una toalla a cada uno y nos secamos como pudimos. Así estábamos cuando me trajo una taza de té. La colocó delante de mí y tomó asiento enfrente.

—Espero que te guste.

Asentí agradecida.

Víctor estaba sentado entre nosotras, entretenido con el ordenador. Apenas me había mirado desde que habíamos entrado. Supuse que estaba tan tenso como yo. No nos habíamos visto después de nuestro...roce en el trabajo, y ninguno de los dos se atrevía a afrontar el tema del beso.

—¿Qué hay del otro piloto? —preguntó Chus a su hermano.

—Michael está bien. Fuimos de cervezas hace poco; te manda saludos —contestó sin apartar la vista de la pantalla.

Michael Bell no era de nuestro país y siempre andaba de acá para allá. Aunque me caía bien, no habíamos intimado mucho.

—¿Y cómo le va a Wendel? —prosiguió. Después reparó en mí y entendió que había metido la pata—. Oh, disculpa, Claudia, no quería ofenderte. O sea... Sé que tú ocupas su puesto ahora. Simplemente preguntaba porque es un viejo amigo de mi hermano. —Incluso su semblante me estaba pidiendo perdón.

—Tranquila, lo sé; no importa. —Sonreí amable. No quería que la pobre se sintiera mal.

—¿Quieres conocerlo? —preguntó Víctor, despegando un segundo la vista del ordenador.

—¿Cómo dices? —inquirí sin entender.

—Tengo fotos de la temporada pasada. ¿Quieres verlas? Estas son anteriores a la primera carrera.

Así que eso era lo que andaba buscando con tanto ahínco.

—Claro. —Acerqué la vista a la pantalla.

Las fotos eran geniales. Mostraban a un Víctor bastante alegre, arrojando a su compañero Michael. También los acompañaban el director y varios ejecutivos del equipo.

Se podría decir que en aquel momento me encontraba tranquila y relajada, viendo las fotos que me mostraba mientras me decía quién era quién y qué había sido de sus vidas; hasta que reparé en uno de ellos y no pude evitar palidecer. Sobresaltada, me levanté de la silla con los ojos abiertos de par en par.

—¡No puede ser! —grité, dejándolos perplejos.

—¿Qué sucede? —preguntó Víctor.

—Tengo que irme —dije sin más.

Dejé la toalla en el respaldo de la silla, cogí mi bolso y salí disparada de allí.

—Lo sabías, ¿verdad? —dije, respirando de manera agitada por la carrera que acaba de hacer desde el piso de Chus hasta el *pub* de la escudería Rear Racing.

Él se estaba tomando una copa, aunque esa vez hablaba con el tipo de seguridad, que estaba apoyado en la barra. Cuando me vio, se quedó mudo. Normal, tenía el pelo encrespado, la ropa mojada y cara de loca psicótica, pero en ese momento no me importaba lo más mínimo.

—Claudia... —Fanelli me miró de arriba abajo con la boca abierta—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Lo sabías! —lo volví a acusar.

—Oye, no te entiendo nada. ¿Qué sabía?

—Que yo era la nueva ingeniera aeronáutica de Síter T. Racing antes de conocernos en la calle aquel día.

Su rostro se contrajo en un segundo y después pasó a tener un gesto escéptico.

—Sabía que tenían un nuevo ingeniero, sí, pero no sabía que eras tú.

Compuse una mueca irónica.

—¿Y por eso te ves en secreto con Wendel?

Hice que palideciera, pero se recompuso al momento.

—Wendel ha venido aquí varias veces para hacer negocios. No quiere retirarse del juego, e intenta introducirse en nuestra escudería para el año que viene. Nada más.

Lo dijo tan seguro que incluso dudé de si me había montado una película o no. Tenía sentido.

Ante mi silencio taladrador, continuó:

—No es un espía, te lo juro. —Sus ojos verdes me imploraron que lo creyera—. Te daré una prueba. Yo jamás te he pedido información sobre tu escudería, simplemente te ofrecí que te unieras a la mía. Eso no es nada malo.

Ahí le había dado.

Me relajé, quitándome un peso de encima.

—Vale, quizás haya sacado conjeturas muy rápido —acepté.

Me cogió de la cintura, cariñoso.

—Sé que últimamente te he tenido muy abandonada; prometo que no volverá a pasar. —Sonrió de una forma seductora.

Yo también sonreí con timidez.

—Eso espero.

—Te llevo a casa. Y de paso dime qué te ha pasado. Parece que acabases de salir de un tornado. —Cogió una pequeña hoja que se me había enredado en el pelo.

Compuse una mueca. Ahora sí que me importaba mi imagen, y era consciente de lo horrible que debía de estar.

No iba a contarle a Óscar, ni loca, que había descubierto quién era Wendel por unas fotos que había visto en la casa de la hermana de Víctor Campos. Simplemente le dije que había estado

viendo artículos de internet y demás.

Después de hacer las paces con mi novio, tenía otro problema: debía enfrentarme a Víctor. Me había largado delante de sus narices como una histérica y, francamente, no sabía qué decir para no sacar a relucir mi amorío. Lo raro era que no hubiese rumores ya. Fanelli y yo no ocultábamos lo nuestro, aunque era cierto que la única desertora que iba a tomar cervezas al *pub* de otra escudería era yo —y tal vez Wendel—; los demás se mantenían al margen. Cada uno con su equipo, sin mezclas. Así, probablemente, mi secreto pudiese seguir oculto algo más de tiempo.

Síter T. Racing y Rear Racing eran rivales desde hacía diez años —información directamente extraída de David, el mecánico—. La suya era una competencia silenciosa, aunque últimamente el telón de acero que los dividía había hecho aguas, y, de vez en cuando, se escuchaban rumores de alguna rencilla entre miembros de ambos equipos. Me alegraba de que a los ingenieros aeronáuticos nos mantuvieran en el anonimato cuando eso pasaba. Siempre se centraban en los pilotos y no en los trabajadores de sus coches.

Estaba terminando de revisar el motor del coche de Michael cuando Campos me abordó:

—¿Me quieres explicar qué ocurrió el otro día?

Como no quería hacerlo, arremetí por otro lado.

—Y tú, ¿me quieres explicar por qué me diste un beso y luego desapareciste? —Me salí por la tangente, aunque no creía que ese fuese mejor tema que el otro.

Víctor se quedó perplejo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Responde.

—Respóndeme tú primero. —Me encaré con él, muy osada yo, aunque en realidad estaba deseando librarme de aquella conversación antes de que notara lo mucho que me temblaban las piernas.

Víctor no salía de su asombro. Cuando pudo articular palabra, bufó y se marchó él solito por donde había venido. Respiré tranquila. No quería abordar el tema de mi noviazgo con Fanelli; no quería abordar el tema de Wendel y su búsqueda de trabajo en Rear Racing; y no quería, por nada del mundo, admitir que nuestro pequeño encuentro me había dejado una huella difícil de borrar. Así que, visto lo visto, nuestra buena relación comenzaba a caer en picado... Lo que volvería a ponernos en el punto de mira de los superiores.

La Fórmula AM tiene sus orígenes en Francia, en los últimos años del siglo xix, cuando a unos cuantos franceses se les ocurrió hacer carrerillas entre ellos para ver quién llegaba antes a su destino. Al menos así nos lo contaba nuestro profesor cuando profundizábamos en la historia automovilística. Más tarde, James Gordon Bennett Jr. estableció su propio premio en Europa. El señor William Kissam Vanderbilt le siguió los pasos en Estados Unidos y, poco después, el suizo Louis Chevrolet se convertía en una de las figuras más importantes en ese nuevo mundo.

Volviendo a Europa, en 1906 se organizó el primer Gran Premio, situado en el circuito de Le Mans, Francia. A cada país le dio por hacer sus propias carreras, y poco tenían que ver las reglas de una con las de otra. Italia se sumó a la iniciativa de Francia y comenzó a tener Grandes Premios en 1922, y más adelante Bélgica y España, aunque no era una disciplina reglada como tal. Hubo un amago de hacer alguna norma justo antes de la Primera Guerra Mundial, aunque no fue hasta 1947 cuando se establecieron las reglas de verdad.

La primera carrera considerada como Campeonato Mundial fue en Silverstone, en el año 1950, ganada por un italiano. En los años 60, los ingenieros aeronáuticos comenzamos a tener nuestro momento, pues se empezó a necesitar mano aerodinámica más que nunca para la construcción de los monoplazas, y las escuderías empezaron a rifársenos como locas.

Después de toda esta vista atrás, explicaré que, llegados a este punto, la moda era que las escuderías dieran una fiesta antes de irnos de gira mundial para celebrar los comienzos de nuestra pasión motorizada revestida de carrocería selecta.

Francamente, no quería ir. Estaba enredada con la competencia y Víctor Campos cada vez me tenía más desconcertada y... atolondrada. ¿Por qué no dejaba de pensar en él ni un minuto? Esa era la pregunta del millón. Aquella noche tendría que verlo, y si a eso le sumábamos la bebida que habría en la fiesta, no quería saber el resultado.

Fue por eso, y para que me controlara, que llamé a Diana.

—Acompáñame a la fiesta, *por fi* —intenté persuadirla.

—Clau, sabes que odio todo lo que tenga que ver con los coches de carreras, salvo a ti. Aunque, si me insistes más, igual vas a ir a la hoguera.

Sonreí. Por mucho que intentara negarse, sabía que ya la estaba convenciendo.

—¿Me vas a dejar sola en este mundo de horribles hombres motorizados?

—Tú te lo has buscado solita, pero, vale, te acompañaré. ¡Qué remedio!

Mi cara se iluminó.

—¡Gracias, gracias, gracias! Eres la mejor, te debo una.

—Si solo fuera una... —rio.

—Vale, unas cuantas —reconocí.

—En fin... Dime la hora y el lugar, y allí estaré.

Eran las diez y mi querida amiga no había aparecido todavía. No me gustaba llegar tarde, pero, en esa ocasión, no me importaba mucho. No tenía ganas de encuentros tensos, y sabía que aquella noche me esperaba al menos uno.

O quizás más.

Me había enterado por David de que corrían rumores sobre filtraciones acerca de las estrategias que utilizábamos unas escuderías y otras para preparar los coches. Al parecer no solo Wendel y yo nos habíamos codeado con equipos rivales. Se hablaba de un soplón; un mecánico o un constructor que se había dedicado a vender la información.

El teléfono vibró en mi bolso y la melodía de fondo empezó a sonar. Era Diana.

—¿Dónde estás?

—Me vas a matar, pero no sé si podré ir. Tengo trabajo acumulado. Este fin de semana hay una exposición en la *boutique*. En cuanto termine, voy, pero no puedo decirte hora.

—¡No, Di, no me hagas esta faena! —Casi me daban ganas de ponerme a llorar.

—Oh, Clau, lo siento mucho. Sé que atraviesas una época difícil y que no te gusta estar sola, pero si no quieres ir, invéntate algo y vete de allí. Debo dejarte ya, un beso y...

Colgué yo antes que ella.

Me encontraba frente a la puerta de la discoteca donde se celebraba la fiesta, y ese era el momento de huir como una cobarde o entrar y enfrentarme al piloto por el que llevaba suspirando los últimos días.

—¿Por qué no entras?

Di un salto del susto.

—¡No hagas eso! —regañé a David.

—¿Qué he hecho? Solo te he hablado. Últimamente estás muy irascible. Relájate.

Eso ya me lo había dicho Víctor, pero él era una parte de mi trastorno.

—La verdad es que me iba a ir, ya sabes que no estoy muy integrada con la plantilla.

David puso mala cara.

—¿Y yo qué?

—No me refiero a ti. De hecho, creo que los mecánicos sois tan mal recibidos como yo.

—Sí... Esos malditos rumores... —Apretó los dientes.

—Hasta que no se demuestre lo contrario, yo no me posicionaré ni a favor ni en contra de ellos.

David suspiró.

—Ojalá todo el mundo pensara como tú. No sabes cómo nos miran los jefazos. Aún no sabemos quién acompañará a los pilotos durante el campeonato. Se están retrasando con la decisión.

—Lo sé, los ingenieros estamos igual. La única que va fijo soy yo, y porque soy la jefa de la plantilla. Me encantaría que vinieses tú. Me gustaría tener apoyos en Asia, para variar.

David rio, marcando sus hoyuelos de niño.

—Date con un canto en los dientes, porque ahora mismo tu posición es mil veces mejor que cuando entraste. Te respetan mucho más. Me atrevería a decir que alguno hasta te idolatra.

«No lo harían si supieran que voy por ahí enrollándome con Óscar Fanelli y que Víctor Campos ha empezado a hacer que me arda la sangre de deseo». Suspiré, no era el momento para pensar en aquello.

David me tendió un brazo, galante.

—¿Me haces el honor?

Algo dudosa, esboqué una sonrisa y le cogí el brazo.

—Definitivamente, espero que puedas venir con nosotros a la gira. No sé qué haría sin ti.

—Pues morirte del asco entre esos pesos pesados. Haré lo que pueda para convencer a los peces gordos esta noche. —Me guiñó un ojo y después nos encaminamos hacia la fiesta.

El ambiente estaba más animado de lo que yo pensaba. Desde el complejo se inspiraba el aroma del mar. La discoteca que la escudería había alquilado para nuestro disfrute personal era bastante moderna y espectacular. Se entraba por la calle y se podía salir por la puerta trasera que daba a la arena de la playa. La primavera apenas había hecho su aparición y, exceptuando esa lluvia que nos había cogido desprevenidos hacía poco, los termómetros decían lo contrario: teníamos un clima casi veraniego. Quizás por eso hubiesen elegido un sitio de playa para dar la fiesta. Según me había dicho David, era el primer año que se hacía de esa forma; siempre se había celebrado un cóctel en alguna sala de un gran hotel.

A Víctor Campos no se le veía por ningún lado.

Me pedí un daiquiri, cortesía de mi escudería, y si con la cerveza tardaba poco en achisparme... mucho menos con aquello. ¡Y, joder, qué bueno estaba! Entraba solo. Un instante después, me pedí un segundo.

—Chica, parece que tienes agua en esa copa, menuda forma de beber —observó David, sentado en un taburete a mi lado, contemplando disimuladamente al resto del personal.

Los ánimos estaban muy cargados por mucha fiesta que fuese, y yo había elegido el bando de los mecánicos, algo que ya me pasaría factura por cómo me miraban los demás ingenieros, los ejecutivos y el director.

—Es esto o echarme al tabaco —respondí.

Sonrió de lado.

—Elijo el tabaco; voy a la arena a fumar. —Alzó su copa hacia mí—. Cuídamela, no quiero que me envenenen como si fuera el delincuente de una mafia.

Puse los ojos en blanco.

—¿Ahora quién está irascible y necesita relajarse? —pregunté con sorna.

—Tú cuídamela. —Dejó su copa sobre la barra y se fue hacia la puerta trasera.

De nuevo estaba sola.

Eché una ojeada al techo del local. Tenía motivos árabes pintados de colores exóticos y luminosos. De las paredes caían unas hileras de destellos plateados y dorados que centelleaban con gracia hasta alcanzar el suelo. También había sofás rodeando mesas bajas, repartidas por toda la estancia, perfectas para tomar un té oriental. Y la joya de la corona se encontraba en el puro centro: una piscina que hacía las veces de terma, o eso deducía por el ligero vapor que desprendía.

Le pegué otro sorbo al daiquiri, pensando que quizás debía acompañar a David mientras se fumaba su cigarrillo en la playa. Pero ese pensamiento se esfumó en cuanto lo vi entrar.

Víctor no parecía Víctor; había adoptado el atuendo perfecto para la ocasión: un pantalón beis por debajo de la rodilla, unas chanclas de dedo y una camisa informal de color blanco. Vestido así y con el pelo ondulado algo húmedo, sin duda restos de un espumoso baño, estaba irresistible. ¡Jamás lo había visto tan guapo!

«¡Cierra la boca o se te va a caer la baba!», me grité a mí misma.

Víctor ladeó la cabeza, después la inclinó hacia el director y los demás jefes y siguió buscando su objetivo con la mirada. Sus ojos se posaron en mí, infinitos y penetrantes. Tragué saliva, sintiendo los efectos del daiquiri por partida doble.

¡Qué mareo! ¡Y qué calor!

Dejé de mirarlo, no me apetecía morir asfixiada por mi propio deseo.

—Claudia. —Su voz sonó como una orden.
Lo miré porque no me quedó otra.
—Hola —saludé un tanto acalorada.
—Me gustaría hablar contigo.
Volví a tragar saliva.
—Tú dirás...
—No, aquí no. —Miró de un lado a otro.
Yo también, y me di cuenta de que algunos superiores nos habían puesto el ojo encima.
—Vale, podemos dar un paseo por la playa, si te parece mejor —sugerí, pensando que el aire fresco del mar me iría bien.

La brisa marina no era suficiente.
Dejé mis tacones a la salida de la discoteca, no iba a ser capaz de andar con ellos sobre la arena, y no quería hacerme un esguince sin necesidad. El maldito efecto del cóctel no se me pasaba ni de broma, y yo cada vez enfocaba peor la oscuridad de la noche. Las farolas de la primera línea de playa llegaban a nosotros lo justo y necesario para ver nuestras figuras a duras penas, y la luna se encontraba tapada por una gigantesca nube.

—Quería hablarte de lo que pasó el otro día... —comenzó un tanto nervioso—. Yo... yo... no sabía cómo abordar el tema, y en casa de mi hermana no quería decirte nada, porque no creía que fuese el momento...

—Estoy de acuerdo contigo —le interrumpí, o más bien fue el alcohol que había en mí quien lo hizo—. Me has tenido toda la semana con reconcome, y no es justo... —solté justo antes de hipar.

—Sí, lo sé. —Creo que él ni siquiera notaba el estado alcoholizado en el que me encontraba—. Yo... hace tiempo que no... me intereso por una mujer... —declaró.

Lo miré con la boca abierta.

—¿En serio?

Si mis pasos eran algo inestables ya de por sí, eso terminó con mi equilibrio. Aterricé sobre mi trasero dos segundos después.

—¿Estás bien? —inquirió echándome una mano para levantarme de la arena.

Lo cierto era que estaba regular, así que le propuse otra cosa:

—Sí, es solo que... ¿no te apetece sentarte un ratito?

En medio de la penumbra apenas veía su rostro, pero la poca luz que llegaba del paseo marítimo me dejó advertir que tenía el ceño fruncido.

—Sí, vale, quizás sea mejor. —Se sentó a mi lado y cruzó los brazos sobre las rodillas—. Yo... No sé qué me pasa contigo, pero hay algo que me hace pensar en ti...

Callé, asimilado ese chorro de palabras.

—Por eso te besé y... Bueno, todo eso —prosiguió ante mi silencio.

«Todo eso», repitió mi mente.

—¿Puedes decir algo? Me cuesta mucho confesarte esto, pero sé que es lo que querías oír y lo estoy diciendo.

—Yo también siento algo... —murmuré, pero me di cuenta de que lo había dicho más alto de lo que habría querido.

No sé en qué momento se había acercado a mí, pero enseguida sentí que el roce de su aliento me acariciaba la mejilla, erizándome la piel. Mi interior volvió a sofocarse sin previo aviso y el

alcohol hizo de las suyas. Instintivamente busqué sus labios.

Me tumbó sobre la arena, de espaldas. Mi falda se resbaló y dejó mis muslos al descubierto. Víctor me los acarició mientras mis dedos se encaminaban a desabrochar los botones de su camisa. Sus manos viajaron por mi piel hasta colarse debajo de mi camiseta de algodón. Era tan excitante que creía que perdería la cabeza en pocos segundos.

Sin previo aviso, despegó sus labios de los míos, jadeando.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo respirando con dificultad—. Este magnetismo que hay entre nosotros es muy intenso.

Estaba totalmente de acuerdo, pero no pude contestarle: yo también luchaba por respirar. Me di impulso, irguiéndome y empujándolo con suavidad. Dimos un giro y cambiamos: ahora era yo la que se situaba sobre él mientras terminaba de abrirle la camisa.

La luna, que ya no tenía obstáculo delante de ella, se reflejaba, segura y luminosa, en el mar. No me había percatado de que era llena hasta ese momento, que nos bañaba a los dos y me dejaba ver el torso escultural de Víctor entre brillos oscuros y plateados.

De repente me di cuenta de que todo eso no estaba bien. Yo tenía novio, Óscar Fanelli. Mi ídolo desde que había decidido solemnemente que quería entrar en una escudería como ingeniera.

—No puedo —murmuré, a punto de llorar, apartándome de él para levantarme después.

Víctor se irguió enseguida y se puso a mi lado.

—¿Qué ocurre?

Por muy borracha que me encontrara, de un golpe volvió la lucidez porque, sencillamente, era tan chocante el impacto de lo que estaba sintiendo que no podía permitirme seguir ebria. Mi cabeza estaba un poco embotada todavía, pero podía pensar mejor, al menos con las ideas más claras.

—Claudia, ¿he hecho algo mal? ¿Qué pasa? —siguió preguntando con tono preocupado.

Estaba a punto de estallar en lágrimas porque no sabía cómo gestionar todo el torrente de emociones que me arrastraban hacia él, y a la vez no quería tener problemas por el hecho de que conociera la historia que tenía con Óscar. Decidí ser sincera.

—Estoy con otra persona.

Volvió a posarse sobre la arena, donde cayó como un saco, y elevó la mirada hacia la luna.

—Entiendo —dijo sin más, en un tono neutral que no me dejó nada claro qué podría estar pensando.

Me acerqué a él y me senté de rodillas a su lado.

—Perdóname, no quería engañarte. —Para mi asombro, derramé algunas lágrimas—. No es mentira lo que te he dicho; lo que tengo con él empezó antes de sentir lo que siento por ti.

No me dirigió ni tan siquiera una mirada. Su silencio eterno estaba empezando a ponerme nerviosa. No había sido mi intención herirlo.

—Entiendo, de verdad —contestó al fin, levantándose.

Esa vez no me ofreció su ayuda, pero yo también me erguí.

—No quiero... No quiero que esto cambie... nada —titubeé, sin saber muy bien cómo explicarle que, de una forma u otra, quería mantener la amistad que habíamos trabado.

Víctor suspiró de una manera que me partió el alma.

—Claudia..., si no te importa..., me gustaría pasear solo un rato.

—Claro, sí, tranquilo —contesté, ¿qué más podía decirle?

Se alejó hasta que su figura terminó por perderse de mi vista. Y yo me quedé sola, llorando cual adolescente abandonada por su primer amor.

Cuando regresé a la fiesta —con los ojos rojos e hinchados— no pude menos que sorprenderme cuando los vi allí, en uno de los sofás de estilo arabesco, hablando animadamente.

—¿David? ¿Diana? ¿Os... conocéis?

Los dos se sobresaltaron como si los hubiese pillado haciendo algo malo.

—No, acabamos de presentarnos, yo... he llegado hace... —Mi amiga miró su reloj—. ¿Ya han pasado treinta minutos? ¡Vaya! —exclamó, en su línea, asombrada por el paso del tiempo. Por lo visto, ni se había dado cuenta.

Bueno, quizás ella, después de todo, disfrutara más que yo de la reunión de mi escudería.

—Sí, lo siento, la he entretenido yo. —David, el caballero andante, salió en su defensa.

—Tranquilos, yo me voy a ir ya. Di, quédate y disfruta de la fiesta. —Sonreí lo mejor que pude, aunque Diana no se lo tragó.

—Clau..., ¿quieres que te acompañe a casa? Yo he venido aquí por ti, no me importa irme, de verdad. —Vi que miraba de reojo a David con una pizca de tristeza.

¿Se acababan de conocer y ya lo miraba así? ¡Vaya! David debía de ser muy bueno ligando.

—No, Di. —Eché mano de las palabras de Campos y añadí—: Quiero pasear sola un rato. Ya hablamos.

Mi amiga no se quedó demasiado conforme con esa explicación, pero me dejó ir después de insistirle tres veces de que necesitaba ese paseo conmigo misma.

*D*os pasos de gigante hacia delante y cincuenta de cangrejo hacia atrás. Eso era lo que había sucedido con Víctor y conmigo. Ahora solo manteníamos conversaciones estrictamente necesarias para que los jefes comprobaran por sí mismos que habíamos llegado a un acuerdo y que podíamos trabajar en equipo como dos profesionales. Yo ya no era la «rubita infernal» y él no era el «piloto prepotente», solo dos personas que hablaban de trabajo buscando un mismo objetivo: ganar el Gran Premio.

—Siento no poder despedirme en persona —me dijo Diana, apenada, antes de que me dispusiera a coger el avión.

Suspiré resignada.

—Yo también lo siento; me haces mucha falta en estos momentos.

—Tranquila, sabes que hay muchas posibilidades de ganar.

—Sí, y también de que me condenen a la horca —bromeé.

—Lo dudo mucho: eres la mejor, de verdad. Nunca pensé que lo diría, pero hiciste bien en dedicarte a esto.

—Ahora soy yo la que duda... —comenté con voz sombría.

—Que esos pilotos no te distraigan de tu cometido. Eres la mejor ingeniera automovilística que existe —me animó.

—Gracias, Di. Tú sí que eres la mejor.

—Que tengas buen viaje, Clau.

—Te llamaré cuando regrese. Y espero que me cuentes cómo acabó la noche con David; parece secreto de sumario.

Ella rio.

—Bueno, me gustaría que fuera mientras nos tomamos un café y tú no piensas en ganar carreras. Dale recuerdos, por cierto.

—Lo haré, tengo que dejarte.

Colgué y me dispuse a cruzar la pasarela para entrar con los demás pasajeros. Íbamos en primera clase. Jamás había volado a ese nivel y era... ¡genial! Pero me lo habría pasado mejor si Víctor me hubiese dedicado una insignificante mirada. Iba tan absorto en sus pensamientos, mirando por la ventanilla, que parecía ajeno a todo. Haciendo de tripas corazón, intenté hacer lo mismo.

Nuestro hospedaje se hallaba en pleno centro de la ciudad, y lo cierto era que no estaba nada mal. Era una zona bastante lujosa, pese a que viviría los siguientes días en un *motorhome* —una especie de caravana que sirve de hotel para nosotros en los Grandes Premios—. Estaba cumpliendo mi sueño: era asistente de primera mano del Campeonato Mundial de Fórmula AM, formaba parte de todo aquello, pero... no estaba disfrutándolo al máximo, como debía.

—Preciosa. —Óscar llegó hasta mí. Estaba esperándolo detrás de las gradas, justo donde habíamos quedado antes de que requiriesen a los pilotos para los entrenamientos libres.

—Tenemos poco tiempo, pero ya sabes que te deseo mucha suerte —le dije sinceramente.

Me dio un beso en los labios.

—Me deseas suerte, pero esperas que gane Víctor Campos.

Por una parte sí, la verdad, pero también quería que él obtuviera el podio.

—No me hagas decir cosas que no quiero.

—No tendrías que decirlas si por fin aceptaras la oferta que te propuse. Se supone que esto es secreto aún, pero mi escudería va a ponerse en contacto contigo —me soltó de sopetón—; creo que quieren hacerte una oferta.

Un año atrás, probablemente esas hubiesen sido las palabras mágicas para hacer que diese saltos de alegría. Me estaba poniendo en bandeja lo que siempre había deseado, pero ahora... tenía mis dudas.

—¿Y Wendel?

—No creo que quieran sus servicios, hace tiempo que no sé nada de él. ¡Vamos, nena! Sería tu oportunidad para codearte con los mejores del mundo. —Sonrió con cierto aire de superioridad que no me gustó mucho.

—Tengo que pensarlo.

Su rostro se tornó serio, como siempre que sacaba ese tema.

—Te juro que no lo entiendo. —Sonó un poco molesto.

—Ya te lo expliqué: no quiero ser desagradecida con la mano que me da de comer.

Bufó.

—Tengo que irme para hacer los libres. Me están esperando.

Me dio un beso fugaz y se fue corriendo.

Volví a suspirar. No me gustaba estar entre la espada y la pared. Tampoco mentirle a mi novio, y mucho menos estar de malas con Víctor de nuevo.

No sé hasta qué punto una persona que no está metida en este circo puede conocer cómo funciona la historia, pero las carreras tienen tres fases: la primera transcurre los viernes, con un entrenamiento libre; la segunda tiene lugar los sábados, que se hacen libres y además es cuando los pilotos se clasifican para conseguir sus respectivos puestos de salida en la carrera; y la tercera, el domingo, el día del Gran Premio y el momento clave, cuando toca poner en práctica todo el trabajo semanal.

Los entrenamientos del viernes fueron bien. Escogimos los neumáticos adecuados y nos acogimos al reglaje y sus normas, preparándonos para la clasificación del día siguiente. El sábado, Víctor parecía algo irritado; vociferaba a todo y a todos, y nadie sabía por qué. Era consciente de que no debía interponerme en su camino, menos antes de las vueltas clasificatorias, pero no me pude resistir: quería que supiera que estaba a su lado.

—Víctor —le llamé.

Estaba cogiendo su casco, y, cuando me escuchó, refunfuñó algo ininteligible.

—¿Qué quieres? —bramó malhumorado.

—¡Eh! Tampoco hace falta que destiles veneno con los que te apoyan.

Masculló un «¡Ja!» sarcástico antes de responderme del mismo modo:

—Por favor, no te burles de mí. ¿Apoyarme? ¿Tú? ¿Viéndote a escondidas con la competencia mientras te das el lote con *él*? Gracias, pero no lo acepto. —Se puso el casco y se alejó unos pasos.

—¿Cómo... dices? —pregunté, girándome hacia él con la boca abierta. De todas las respuestas, esa era la que menos esperaba.

—¿Creías que podrías ocultarlo mucho tiempo? —preguntó, despiadado.

—No... No era esa la intención, yo...

—Guárdate tus explicaciones, no las necesito. Cuando me dijiste que estabas con alguien, jamás pensé que fuese Fanelli. Es tu vida, pero no sé cómo has caído tan bajo —zanjó, y se marchó hacia su monoplaça, listo para la carrera.

Y allí me quedé yo; atónita ante sus palabras, sin mover una sola ceja.

Víctor se clasificó con un buen tiempo: un minuto y treinta y tres segundos justos y cuarto puesto en la parrilla de salida del domingo. Quería hablar con él, preguntarle cómo se había enterado de mi secreto y explicarle que eso no cambiaba nada dentro de nuestra escudería; que no era una traidora por estar saliendo con Óscar Fanelli, quien se había clasificado en el primer puesto con un minuto, treinta segundos y tres décimas.

Como estaba eufórico por su victoria, no dudó en venir a mi *motorhome* a altas horas de la madrugada. Todas las escuderías compartíamos el mismo espacio, aunque pareciera mentira, y cada una tenía una sección asignada.

—Muñeca, hemos empezado bien y tengo muchas ganas de... celebrarlo contigo. —Me guiñó un ojo lascivamente desde mi cama.

Yo estaba cepillándome el pelo; acababa de darme la ducha más larga de mi vida.

—No tengo muchas ganas de celebrar nada.

—Vamos, algo rapidito —insistió acercándose a mí.

Comenzó a deslizar el albornoz por mi hombro.

—¡No! No tengo ganas. —Le di un manotazo y volví a cubrirme el hombro.

Se alejó de mí con las manos en alto.

—No sé qué diablos te ocurre, pero estoy deseando que se te pase.

Se fue farfullando y dando un portazo.

No pude dormir en toda la noche, pensando que no estaba siendo muy clara con él tampoco.

El domingo amaneció gris, como mi estado anímico. Todo estaba cubierto de nubes, y esperaba que aguantara sin llover, por lo menos, hasta después de la carrera.

«Menudo coñazo conducir bajo la lluvia», pensé, y eso que no era yo la que se iba a poner al volante. Pero sabía que restaba velocidad, cosa que no nos venía nada bien saliendo los cuartos.

Como no me sentía bien por haber echado a mi novio de mi habitación, fui a buscarlo a la suya. Iba a tocar a la puerta de su *motorhome* cuando me di cuenta de que estaba abierta. Sabía que estaba mal, pero entré sin anunciarme.

Óscar me daba la espalda; estaba hablando por teléfono.

—Sí, Wendel, todo en orden; ya está hecho. Ya sabes que la carrera es mía. Te llamaré después.

—Colgó y se giró en mi dirección—. Claudia... —susurró con los ojos más abiertos que los de un pez.

—Creí que no tenías noticias de Wendel desde hacía tiempo. —Entorné los párpados, escudriñándolo severamente con mis ojos azul cielo.

Sus movimientos desacompañados me indicaron que estaba algo nervioso.

—Sí, bueno, me ha llamado para desearme suerte.

Iba a tocarme, pero esquivé sus manos, dando un paso atrás.

—No parece que necesites suerte, estás muy seguro de que vas a ganar. —Callé unos segundos mientras él comenzaba a sudar—: ¿Qué es lo que «está hecho»? —pregunté mientras lo taladraba con la mirada.

—Nena, no tengo tiempo para esto. Ya lo hablaremos luego, ¿vale?

Dio otro paso hacia mí, y yo le solté un guantazo.

—No, no vale.

Me fui a toda prisa. En mi mente se andaba formulando una hipótesis que no me estaba gustando nada. Tenía que encontrar a Víctor antes de que cogiera el coche para la vuelta de formación. Si no lo hacía, estaría perdido si mis sospechas cobraban forma.

Lo encontré a punto de subir al monoplaza.

—¡No, espera! —le dije mientras cogía grandes bocanadas de aire. Por Dios, debía hacer más deporte: últimamente me estaba marcando muchas carreras a toda pastilla, y no estaba nada acostumbrada a ello.

—¿Y ahora qué? Creo que ayer lo dejamos todo claro —escupió él de mala gana.

—Guárdate tu veneno para luego. Sé que la he cagado, pero tú también lo has hecho. —Hice una pausa para respirar. Él me miró sin entender—. Me refiero a Wendel... Ha estado pululando por Rear Racing, pasando la información que tú le has dado, conspirando contra la escudería.

—Eso es ridículo, no difames a los demás. Creo que has aprendido demasiado de Fanelli —me soltó el muy capullo.

Me indigné bastante.

—¡No te miento! Me fui a toda prisa de la casa de tu hermana porque acababa de ver, reunido con Óscar, al mismo hombre que tú me estabas mostrando. Le pedí explicaciones, y él me las dio..., solo que no eran verdad y yo me las tragué todas. No quería decírtelo porque sabía que te dolería saber que tu viejo amigo se codeaba con tu mayor competidor. Fanelli me dijo que había ido a pedir trabajo simplemente, pero es obvio que no es cierto. Y sé que soy una imbécil por no darme cuenta antes, pero acabo de escucharlos hablar, y me jugaría el cuello a que han saboteado tu coche de alguna manera. Quizás hayan sobornado a algún comisario de seguridad para acceder a él; no estoy segura, pero quiero que me dejes comprobarlo.

Víctor dudó, sopesando si darme un voto de confianza o no.

—Oye —le supliqué con la mirada—, puedes creerme o no, pero no hay nada de malo en que le echemos un ojo al coche; solo por si acaso. Si quieres, que lo mire un mecánico de tu confianza, pero comprueba que todo está bien.

Entre escéptico e intrigado, Víctor dio la orden de que revisaran su monoplaza.

—Pues aquí hay algo raro —dijo David mientras comprobaba los neumáticos. Todos nos acercamos a él—. ¿Veis esta pequeña fisura? No es grande, pero si sales con esto así, se hará más grande y perderá aire por momentos.

La rotura era casi imperceptible.

Miré a Víctor, que tenía marcada la pregunta «¿Cómo es posible?» en la frente.

—Revísalo todo. ¡Rápido! —apremió a David.

Se puso a mi lado, sin dejar de observar al mecánico.

—Tienes que explicarme muchas cosas —susurró para que solo yo lo oyera.

—Trato hecho, pero ahora concéntrate en ganar. Todos confiamos en ti.

Víctor sonrió de lado.

—Tengo ganas de que empiece la carrera para darle su merecido a ese fanfarrón gilipollas —
dijo con determinación.

Yo también sonreí, deseando exactamente lo mismo que él.

Los coches estaban situados en la parrilla de salida. Era la hora de la verdad, y las cartas ya estaban sobre la mesa.

Las luces rojas empezaron a parpadear: una, dos, tres, cuatro, cinco... Todas se apagaron a la vez y dio comienzo la carrera. Óscar salió disparado, seguido muy de cerca por Suker Thumps y Martín Espronceda. Víctor se había quedado el sexto; incluso viéndolo de lejos, sabía que hervía de rabia, y no era para menos.

Yo me mordía las uñas, como siempre; ojalá remontara en una de las sesenta vueltas que tenían que dar para completar la carrera.

Un trueno impactó sobre nuestras cabezas.

—Qué mala pinta tiene esto —comentó el director.

—Bueno, mientras no se ponga a diluviar de forma exagerada, podremos aguantar —dije yo.

Quería ser optimista, pero dudaba mucho de que no cayera un chaparrón en cualquier momento.

Víctor llevaba veinte vueltas y había conseguido situarse el tercero, pese a las adversidades de la lluvia. Había pasado por los *boxes*, y los neumáticos ya estaban listos para el asfalto mojado.

Fanelli iba el primero, con una diferencia importante con respecto al segundo.

¡Gilipollas! ¿Cómo había podido hacernos eso? ¿Y a mí? ¿Por qué se había acercado a mí? Probablemente buscaba la información que Wendel no había podido darle. Debía añadir, a mi pesar, que después de guapo y manipulador, Fanelli era un excelente actor; me lo había tragado todo. Parecía estar bien conmigo, incluso me había creído que su relación con Wendel era estrictamente profesional.

Hice una mueca por lo ilusa que había sido.

De repente vi cómo se alzaba una bandera dividida en dos triángulos, uno blanco y otro negro. Estaba dirigida a Fanelli. Al parecer había hecho algún movimiento peligroso, pero estaba tan atolondrada, pensando en mis cosas, que no me había dado cuenta.

Enfoqué bien los coches en la pantalla. El sitio por el que iban no estaba precisamente a mi lado. Pude apreciar que el monoplaza que se situaba al lado de Óscar no era otro que uno de mi escudería; ¡el de Víctor! Fanelli intentaba cortarle el paso. No parecía estar defendiendo su posición, sino quitándose a Víctor de en medio. Algo que estaba totalmente prohibido en una carrera.

—¿Qué está haciendo ese cabrón? —no pude evitar decir en voz alta.

Como si mi temperamento hubiese alcanzado al cielo, volvió a tronar de una manera estruendosa; ya no caía solo lluvia, la acompañaban granizos de un tamaño gigantesco.

—¡Por Dios, si parecen pelotas de golf! —exclamó mi jefe.

Comprobé que llevaba razón; el granizo no era tan gordo como una pelota de golf, pero sí que tenía una medida considerable.

Me puse las manos en la cabeza y fui a protegerme hacia el espacio techado con el resto de la gente, que se agazapaba como podía para huir de esa ventisca de bolas congeladas que acababa de desatarse.

—¿Y los coches? —pregunté, intentando ver algo dentro del *paddock*, aunque no lo conseguía ni por asomo. Era demasiada lluvia para mis ojos, también demasiado viento, que no sabía de dónde cojones había salido, y esas pelotas hacían daño de veras.

—Se detiene la carrera; han izado las banderas rojas —contestó mi superior, protegiéndose con los brazos, como yo.

—¡Maldito sea ese Fanelli! —escuché a Víctor. Seguía con su mono totalmente empapado, y no entendía por qué todavía no se había cambiado.

Aún tenía miedo de que me delatase por traición, pero no podía esconderme de él, así que lo recibí con toda la directiva en una de las naves próximas al circuito.

—Campos, explíquese —le ordenó uno de los vicepresidentes.

—Fanelli ha intentado eliminarme de la competición. ¿No es obvio?

Víctor lo miró como si fuera tonto. El vicepresidente lo miró peor y al final el piloto bajó un poco la mirada y se relajó.

—Han levantado una bandera de advertencia hacia él, pero tengo entendido que le ha echado la culpa a la lluvia.

—Sí, claro, suerte para él que ha empezado a granizar. ¡Iba a ganar! —Víctor me contempló, y yo no supe interpretar las intenciones de esa mirada de póquer.

—De cualquier manera, no tenemos pruebas de eso —alegó el director, y todos nos vinimos abajo.

—Yo... Yo puedo decir algo... —intervine.

Todos los ojos se clavaron en mí. Sentí un escalofrío. No me gustaba ser el centro de atención; y mucho menos de toda la comisión de la escudería.

—Estamos expectantes por saber lo que nos tiene que decir, señorita —me animó el vicepresidente al ver que me costaba trabajo empezar.

—Wendel, vuestro antiguo jefe de ingeniería aeronáutica, ha estado haciendo visitas secretas a Rear Racing. —Solté la bomba sin tapujos.

—No podemos hacer caso a especulaciones sin fundamento. Eso no nos sirve, señorita. —El director suspiró, supongo que pensando en cómo había podido darme voz y voto en ese asunto.

—No son especulaciones, lo he visto con mis propios ojos.

Bueno, ya estaba, ya me había delatado. Ahora por lista, a ver cómo salía de esa sin decir nada de mi tórrido romance con Fanelli y no quedar peor de lo que ya iba a quedar delante de ellos en cuanto supieran cómo demonios sabía yo eso.

—La atmósfera de intriga que está creando pinta muy bien, Márquez —dijo otro de los ejecutivos—, pero no tenemos todo el día. ¿Va a terminar de decirnos cómo es eso posible o no?

Suspiré.

—He ido personalmente al *pub* de Rear Racing. En una de esas veces lo vi hablando con Fanelli.

Tener veinte ceños fruncidos mirándote no es nada divertido, así que busqué al único que ya no podía sorprenderse por esa historia. Y me alegró encontrar apoyo en esos ojos marrones. Víctor no tenía tan mala cara; de hecho, parecía estar conmigo.

—He oído rumores de que se acercó allí para pedir trabajo... —comentó, casual, como si esa información no se la hubiese dado yo.

Me dedicó una sonrisa tan rápida que solo yo la pude ver.

—Eso no explica qué hacía la señorita allí.

Bufé. Con mi vida privada podía hacer lo que quisiera, y eso ni ellos ni nadie me lo iba a prohibir.

—Fui a tomarme una cerveza con una amiga. Cuando vuestra escudería tenga un *pub* cerca del circuito, iré encantada. Mientras tanto, lo siento. Es un sitio donde se bebe bien y hay buen ambiente.

Tragué saliva en el instante después de proferir aquello. ¿Cómo se me había ocurrido darle vela en ese entierro a mi lengua? Para mi asombro, todos tenían la boca abierta.

El director se aclaró la garganta.

—Bien, no tenemos motivos para desconfiar de la chica. Ha hecho un gran servicio a nuestra escudería...

Volví a respirar con normalidad cuando todos apartaron sus pupilas de mí, lo que me dejó, por fin, un momento de relax.

—El caso es que no es prueba suficiente.

—Tampoco hace falta acusar a nadie —afirmó Víctor de pronto.

Elevé una ceja hacia él.

—No le entendemos, joven. —Volvió a hablar el vicepresidente.

—Quiero demostrarle a ese imbécil que soy mejor que él, no me importa que quiera hacer trampas. ¡Voy a ganar igual! —sentenció, convencido de ello.

—De acuerdo, esto no tiene caso. La carrera se ha suspendido hasta que la granizada se aplaque, y no tenemos pruebas fehacientes para culpar al piloto de Rear Racing de sabotaje. Lo único que resta es esperar a que comience de nuevo la carrera, y se acabó —zanjó nuestro director.

Esa reunión informal no había aclarado nada, salvo el hecho de que yo me había codeado con el enemigo y que Wendel no era alguien de fiar. Por lo demás, Víctor saldría en segunda posición y Fanelli en primera, como habían quedado antes de aplazar la carrera, y solo tendrían que hacer las vueltas restantes.

No creía que Fanelli volviese a hacer de las suyas. Ya le habían sacado la bandera dividida, aun así no lo veía nada justo. Víctor era honesto, se merecía ganar sin que nadie le obstaculizara el camino mediante trampas.

Cuando se disolvió el «parlamento», fui tras los pasos de Víctor.

—¿Podemos... hablar? —pregunté algo tímida.

Me daba la espalda, pero sabía que la pregunta iba dirigida a él.

—De acuerdo —respondió, seco.

Con un dedo, me indicó que lo siguiera. Y yo, como un perrito, lo hice.

—¿Crees que tu habitación es el mejor lugar para que hablemos? —pregunté, atravesando indecisa el umbral. Nos habíamos mudado a un hotel de cinco estrellas de la ciudad, ya que la lluvia incesante era bastante molesta en nuestros *motorhomes*, y, además, no sabíamos cuándo iba a parar.

—Si quieres, cojo el megáfono y transmito mis palabras desde el *paddock* a ver si me oyes bien desde ahí... —Lo dijo tan normal que parecía que iba en serio.

Puse los ojos en blanco.

—Tampoco hace falta que seas irónico.

—¿Una bebida? —me ofreció, cogiendo una isotónica para él de la minivera.

—Por supuesto, una cerveza. Mi fiel amiga —bromeé.

Víctor se sentó en una de las esquinas de la cama mientras abría su lata. Yo cogí otra y me senté en un silloncito muy cómodo, frente a él. Quería verlo cara a cara y mantener cierta distancia entre nosotros, por si las cosas se ponían feas.

—Sé que no es asunto mío, sobre todo lo que concierne a tu vida con Fanelli —dijo, y después gruñó entre dientes algo así como «ese bastardo», aunque no sería capaz de jurarlo—, pero me gustaría saber qué sabes de los asuntos entre él y Wendel. Consideré a ese hombre mi mano derecha mucho tiempo, y es algo difícil de asimilar.

—La primera vez que lo vi fue al principio, cuando nos conocimos. Había quedado para ir al *pub* de su escudería con mi amiga Diana. Fanelli llegó poco después que nosotras. Intentamos conocerlo, pero el de seguridad nos lo impidió porque, aparte de que no éramos vip, él estaba reunido. Lo vi por poco tiempo, pero estoy segura de que era Wendel. Fue la noche que te presentaste allí. —Fruunció el ceño, como recordando. Después asintió—. Un tiempo más tarde, fui a buscarlo para darle una sorpresa y también estaba con él —expliqué atropelladamente. Quería acabar todo cuanto antes.

—Oye, puedes respirar.

—Gracias. —Tomé un largo trago de cerveza. Diana tenía razón, así me costaba menos hablar.

Él rio, y también le dio un trago a su saludable bebida. No sé cómo saben las bebidas isotónicas, eso de que no lleven algo de alcohol me echa para atrás, aunque a él parecía encantarle.

Más desinhibida, empecé a relatarle mis comienzos en la aerodinámica, en cómo Fanelli se había convertido en mi piloto favorito y, más tarde, en mi ídolo de cera derretida. Y después, me fui por donde había venido, aunque mucho más relajada de lo que había entrado. Víctor ya no parecía estar enfadado.

Alguien tocó a mi puerta. Hacía media hora que había llegado a mi habitación después de hablar con Víctor. ¡Qué bien sentaba contar la verdad, para variar!

Abrí la puerta. Él era la última persona que pensaba encontrarme allí.

—Óscar...

—Sé que piensas que soy un cabrón sin escrúpulos... —Entró en mi habitación sin que yo lo invitara.

—No es que lo piense, ¡es que lo eres! —exclamé indignada—. Solo me utilizaste para sacarnos ventaja.

Óscar contrajo la cara, como si le hubiese dado una bofetada. Casi me creí que estaba dolido.

—No, no pongas esa cara de inocente, sabes que tengo razón. Y ahora, gran dios del automovilismo, no voy a volver a caer en tus redes.

Se acercó y me cogió de los brazos con cara de loco, mientras yo daba un respingo por el susto.

—Vale, lo reconozco, pero solo al principio. Cuando te encontré en aquella acera vi la oportunidad de saber qué planes tenía Síter T. Racing para el Gran Premio. Sabía que eras la

misma chica que había estado en el *pub* hacía poco, y Wendel estaba al tanto de tu posición de ingeniera dentro de la escudería. —Calló unos segundos, en los cuales me miró con una amargura que jamás había divisado en su perfecto rostro anguloso—. Pero luego me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. Tienes que creerme, Claudia, es la verdad.

—¡Cómo puedes decir eso! —me solté de él—. Si has pasado de mí como te ha dado la gana.

—Porque no sabía cómo compaginar todo sin que lo supieras. No quería perderte.

Hice una mueca.

—Qué halagador. Así me entran muchas más ganas de perdonarte —expresé irónica.

Muy digna, me dirigí a la puerta y la abrí, invitándolo a marcharse. Él no se movió ni un centímetro.

—Ahora que lo sabes, ya no hay secretos —argumentó, como si eso fuese bastante para retomar nuestra relación.

—Quizás no, pero eso no explica que seas un tramposo y hayas intentado sabotearnos. Además, claro está, has jugado sucio en la carrera.

Vino hacia mí con brusquedad y se posicionó a dos centímetros de mi cara.

—¡Víctor Campos se lo merece! Lleva incordiándome desde hace tiempo y no es mejor que yo. —Sonó bastante irritado.

Sonreí irónica.

—Supongo que es cuestión de perspectiva. Aunque no haya logrado ganarte, es mil veces más humano que tú. No me gustaría saber cómo ganaste el año pasado viendo lo que has hecho en la primera carrera de este. —Lo acusé con la mirada.

—Fue limpio.

—No te creo.

Me cogió de la muñeca, colérico.

—Pues deberías, y además tendrías que mostrarme algo más de respeto.

—No te lo mereces —le solté contra todas las voces de mi cabeza que gritaban que cerrara el pico.

Intenté liberarme de él, pero no lo conseguí. Me estaba sintiendo un tanto acorralada, pues no parecía controlar la fuerza que ejercía sobre mí, y si a eso le sumábamos la mirada de psicópata que tenía..., me estaba asustando un poco.

Justo cuando el pánico empezaba a desbordarme, llegó mi salvación.

—Esa no es forma de tratar a una señorita.

Óscar giró los ojos sobre las órbitas y, después, rio rozando el sarcasmo.

—Piérdete, Campos. Trataré a mi novia como me dé la gana.

—¡Yo ya no soy tu novia! ¡Y, aunque lo fuera, no tienes ningún derecho sobre mí! —exclamé.

—La señorita ha hablado.

Víctor entrelazó sus dedos y los estiró, cerró la mano en un puño y lo chocó contra la palma de la otra mano. Mis ojos se abrieron de golpe. Parecía que iba a comenzar una pelea de gladiadores.

—¿A quién intentas intimidar? —Óscar se olvidó de mí momentáneamente ante esa provocación y me dejó por fin libre.

—No intento intimidarte, simplemente voy a darte la paliza que te mereces.

Óscar rio más aún. Yo pensé que se habían vuelto locos. ¿Ahí, en mi habitación, se iban a machacar? Aparte de parecerme una memez, no quería que llegara la sangre al río.

Silbé estruendosamente.

—Por favor, ¡no seáis críos! Nos van a echar de aquí por escándalo público, no somos los

únicos que se hospedan en este hotel. Además, para luchar ya tenéis el circuito, creo que es suficiente.

Ambos me miraron frunciendo el ceño durante unos segundos llenos de tensión. A ninguno le hacía gracia dejar las cosas a medias.

—Muñeca, tienes razón —me concedió Óscar. Le dedicó una mirada hastiada a Víctor, lo esquivó para salir de mi habitación y fue hasta el ascensor—. Nos veremos en la carrera, Campos —añadió antes de que se cerraran las puertas metálicas.

—¡Que no te quepa duda! —bramó Víctor.

—¡Y a mí no vuelvas a llamarme «muñeca» jamás! —le grité, aunque dudaba mucho de que me hubiese oído.

El granizo duró solo una tarde, pero el viento y la lluvia, toda una noche. Hacía tanto frío que el hielo se había quedado pegado al asfalto. Ante esas circunstancias, la carrera fue pospuesta para el fin de semana siguiente, de modo que tendríamos que quedarnos en el hotel una semana más.

Después de nuestro encuentro con Fanelli, Víctor y yo comenzamos una ronda de visitas en nuestras respectivas habitaciones. Ninguno se atrevía a retomar lo que habíamos abandonado en la playa, pese a la atracción ineludible que había entre nosotros y la tensión sexual que se palpaba en el ambiente.

—Mañana es viernes —dijo él.

Estaba sumido en sus pensamientos mientras, por matar el tiempo, jugábamos a las damas.

—No te preocupes, lo vas a hacer muy bien —le animé, poniendo el juego sobre la mesita de noche.

—¿Y si gana él? —Desvió sus ojos marrones hacia otro punto de la habitación.

—No ganará. —Puse mi dedo índice en su barbilla e hice que me mirara.

—¿Cómo estás tan segura, rubita infernal? —preguntó, cariñoso.

—Porque tú eres el mejor. Y porque la escudería y yo confiamos en ti.

Me acerqué a él, mirándolo directamente a los ojos. Cogió la mano con la que sujetaba su barbilla y besó la palma de mi mano. No me había acercado tanto a él en los días pasados, pero ya estaba harta de que los dos rehuyéramos lo que sentíamos.

—Claudia, si cruzo la línea, no habrá marcha atrás... Y después de todo lo que ha pasado, no sé... —Se quedó a medias, ya no estaba hablando del *paddock*.

—Crúzala —le insté, deseosa de que lo hiciera.

Lo besé. Los dos gemimos ante ese beso por todo lo que nos habíamos estado conteniendo esos días. Deseando su cuerpo, levanté su camiseta de algodón para dejar desnudo su torso.

«Madre mía», pensé mientras me relamía. Después de todo, Diana tenía razón cuando me había dicho que Víctor estaba más bueno que Fanelli: esos pectorales no tenían igual.

De rodillas sobre la cama empezó a quitarme los pantalones, desabrochando la correa que los ceñía a mi cintura. Los bajó lentamente, deleitándose con mi piel, mientras dejaba por mi cuello un reguero de pequeños besos cargados de electricidad. En pocos segundos la competición por desnudarnos el uno al otro había acabado. Pasamos a un nivel más profundo y acariciamos cada poro de nuestra piel; nuestros dedos indagaban en zonas prohibidas, haciéndonos estremecer.

Capturó mis pechos con las manos y, después, con sus labios, atormentándolos. Con el delirio amenazando mi mente, deslicé mi mano por su ombligo hasta alcanzar su miembro. Juguetee con

él, recorriéndolo de arriba abajo con las yemas de los dedos. Nuestra temperatura aumentó más todavía.

—Claudia... —gimió entrecortadamente, luchando por no dejarse llevar—. Me toca; antes de que acabes conmigo...

Me quejé con la mirada, porque me gustaba dominarlo, pero no lo detuve. Me besó con pasión mientras agarraba mi trasero con fuerza. Le eché las manos alrededor del cuello, a la par que me alzaba sobre el colchón y me tumbaba sobre él. Masajeó mi sexo con los dedos, haciéndome estremecer, al tiempo que comenzaba un camino de besos excitantes desde debajo de mi ombligo hasta mi boca.

—Tú sí que vas a acabar conmigo... —jadeé con voz aterciopelada.

¡Por Dios! ¿Por qué no había decidido lanzarme antes? ¡Todo lo que me había estado perdiendo! Cuando llegó a mi boca, yo ya estaba a punto de caramelo.

—Si juegas conmigo así un segundo más, probablemente te arrepientas después... —le insinué con mirada de lascivia pura y dura.

—Tranquila, creo que voy a dar un paso más... —Su mirada de lujuria me dio a entender que estaba tan excitado como yo.

Ninguno de los dos quería esperar más. De una embestida, se introdujo en mí. Bastaron unos cuantos movimientos bruscos de cadera para hacerme explotar. A los pocos segundos, los dos habíamos llegado al clímax más absoluto.

No lo digo por decir, pero el sexo con Campos era infinitamente mejor que con Fanelli. Me levanté plétorica de alegría; ya era viernes, el día de los libres.

—Vas a hacer que llegue tarde al circuito —me dijo con voz ronca, enroscado entre mis piernas y las sábanas de su cama.

—Todo tiene un precio —le dije dándole un beso en la nariz.

—No me importaría volver a pagarlo. El *paddock* se puede pudrir si sigues aquí a mi lado. Solté una carcajada.

—Cuida esa lengua cuando hables de lo que nos da de comer.

Ahora se rio él, me besó y se dirigió hacia la ducha.

Yo hice lo mismo, solo que en mi habitación. Pero los dos nos dirigimos juntos hasta el circuito en el coche que había puesto la escudería para él... dándonos algún beso que otro.

No hace falta decir que nuestro equipo se quedó con la boca abierta, igual que Fanelli, que nos dedicó una mirada envenenada cuando nos vio llegar al circuito más unidos que nunca. Para el sábado, lo nuestro ya era oficial, y no se escucharon tantas especulaciones como el día anterior.

Y, de nuevo, llegó el domingo, regalándonos un sol claro y despejado.

Fanelli encabezaba la *pole* en la parrilla de salida, mientras que Víctor se situaba detrás de él, tal como habían quedado antes de que el granizo hiciera de las suyas. En las gradas la gente gritaba desatada. Todos esperaban a que diese comienzo la carrera.

Fanelli salió disparado, con Víctor pegado a su coche, dispuesto a arrebatarse la posición. Tenía serias dudas de que Óscar no intentara boicotear a Víctor otra vez, pero tampoco podía hacer mucho desde las gradas. Seguía pensando que debíamos haberlo denunciado ante las autoridades, pero con lo obstinado que era mi piloto, no había podido ser. Ese gusano se merecía que lo echaran de la competición; sin embargo, ahí estaba, encabezando la carrera.

Tenía los nervios a flor de piel, y se acentuaron cuando, en la última vuelta, Fanelli y Campos se pusieron a la par. Todo el mundo lo vio: el monoplaça de Óscar empujó al de Víctor, e hizo que se desviara de su rumbo ligeramente. La bandera con triángulo bicolor se irguió de nuevo para el piloto de Rear Racing, pero no le hizo caso. Siguió intentando desestabilizarlo.

A unos metros de la meta, Fanelli volvió a arremeter contra Víctor, que, sin saber cómo, lo esquivó.

«Diez metros más y habrá ganado», me dije.

Cuando la bandera a cuadros blancos y negros se izó, apenas podía creerlo. Todos saltamos de alegría mientras Víctor reducía la velocidad y saludaba a las gradas. La gente lo aclamaba, eufórica.

Ninguno reparamos en que Fanelli seguía pisando el acelerador, y, ante nuestros rostros atónitos, sacó a Víctor del circuito. Lancé un grito atroz mientras corría hacia allí. Los ingenieros no podíamos entrar en pista durante la carrera, pero me dio igual. Estábamos hablando de mi piloto. ¿Cómo podía Fanelli hacerle eso? Por mucho que odiase a Víctor, había competido y le había ganado honradamente.

—¿Que estabais jugando a las damas?! —Diana puso el grito en el cielo—. Parece el argumento de una peli porno.

Hice una mueca.

—¿De todo lo que te he contado es lo único en lo que te has fijado?

—No, solo que... Jopé. —Volvió a reír—. Y el otro... ¡Qué hijo de puta!

—Sí, eso mismo dije yo después de verificar que Víctor tenía un par de contusiones leves. Afortunadamente está bien.

—Han descalificado a Fanelli, ¿verdad?

—Por supuesto, con penalizaciones económicas incluidas. Parece que Rear Racing prescindirá de él en muy poco tiempo.

—Cómo nos vendió la moto, ¿eh? O, mejor dicho, el coche.

Sonreí ante su ocurrencia.

—Vaya que si lo hizo... En fin, Di, te tengo que dejar. Tu querido David te envía saludos. Y antes de que me lo digas, ya le he dado los tuyos.

—¡Eres un sol! Pásalo bien por allí.

Nada más colgar, un número que no tenía en mi agenda apareció en la pantalla.

—¿Sí? —contesté esquivo.

—¿Claudia Márquez? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—La llamaba de parte de la escudería Rear Racing. Nos interesaría mucho entrevistarla para la siguiente temporada.

Y así, sin más, lo que había soñado con escuchar desde el primer día que había empezado a estudiar Ingeniería aeronáutica me inundó los oídos.

Unos meses después. Campeonato Mundial de Fórmula AM

Víctor Campos había conseguido un total de doscientos noventa y cinco puntos. Se puede suponer que íbamos ganando... Pero había un problema. Fanelli había alcanzado, a su vez, un total de doscientos noventa y cinco puntos. Todo eso en diecisiete carreras, que incluía la primera y dos más en las que ambos quedaron fuera de los puntos. Toda la temporada se había convertido en un duelo de titanes entre Víctor y Óscar. La carrera final era la definitiva; la última batalla y el último podio que conseguir.

Yo no había contestado a la propuesta de Rear Racing y... tampoco le había dicho nada a Víctor sobre aquella llamada inusual. No quería meter la pata ahora que estaba tan motivado con ganar a Fanelli en el circuito. Este, después de que lo expulsaran en el primer Gran Premio, no había vuelto a hacer trampas; al menos, que yo supiera.

—Voy a por él, no va a conseguir ganarme —me dijo Víctor con el casco en la mano, listo para la acción.

Nuestra relación se había acentuado con el paso de los meses, y ya nadie se extrañaba de que nos diésemos besos o de que compartiéramos habitación. Y, francamente, me daba pánico contarle lo que se estaba cociendo en mi cabeza, aunque tarde o temprano tendría que decidir.

—Ten cuidado; no confío en que ya no quiera sabotearte, mucho menos en el último Gran Premio —apunté preocupada.

Me dio un suave beso en los labios.

—Descuida, rubita mía, no se atreverá.

Y sin más se fue hacia el *paddock*.

Faltaban cinco vueltas para completar las sesenta estipuladas. Fanelli iba ganando por escasos metros. No confiaba en que no lo arrojara fuera de la carretera, pero..., para mi asombro, no lo hizo.

Víctor se posicionó a su lado y lo acosó como un perro de presa. Por más que intentaba adelantarle, Óscar tapaba muy bien los huecos y no se tragaba sus amagos de pasarle por fuera.

La última vuelta fue más de lo mismo. Yo me comía las uñas por los nervios. El circuito se terminaba y, si seguía así, Fanelli sería el campeón.

Apreté los puños con fuerza mientras veía en la pantalla los intentos de Víctor para meter el morro. ¡Menuda tensión! Creía que me daría algo, pero entonces hizo una jugada brillante. En la recta que llevaba a la última curva, puso el coche a tope y se abrió, dejando ver a Fanelli que intentaría adelantarle. El piloto de Rear Racing le bloqueó, pero, poco antes de llegar a la zona de frenada, Campos arriesgó y tardó unos metros más en pisar el freno, adelantándolo y afrontando la recta que llevaba a la meta en primer lugar. Los cien últimos metros se convirtieron en un *sprint* en el que ambos pilotos dieron todo lo que tenían. Sus bólidos avanzaban casi en paralelo.

Cuando la bandera a cuadros que marcaba el final del campeonato se alzó, Víctor se proclamó campeón. Todos fuimos como locos hacia la valla que separaba el circuito de la zona de *boxes* y aclamamos al ganador.

—¡¡Oh, Dios mío, ha ganado, ha ganado!! —gritó Diana a mi lado, corriendo tan loca como yo.

Mi amiga anti Fórmula AM se había convertido en una fanática desde que le había echado el ojo a David, y se había venido tras pedir unos días libres en su *boutique*.

Sonreí.

—¡Sí, lo ha conseguido!

Verlo sobre el podio y con la copa en las manos hizo que se me saltaran las lágrimas. Fanelli no tenía tan buena cara; sin embargo, hizo algo alucinante: le ofreció la mano a Víctor. Eso, entre pilotos, era como ofrecer la pipa de la paz de manera pública; muy pública.

Mi piloto se la estrechó y, por muy raro que pareciera, no vi resentimiento en su mirada. Justo después, delante de todas las cámaras de televisión, le dejó la copa a David, me cogió de la cintura y me besó intensamente. No sé si los silbidos eran solo de nuestro equipo o de todos los allí presentes, pero nos dio exactamente igual.

—Esto lo has logrado tú, Claudia —me dijo con los ojos llenos de admiración.

Sonreí.

—Lo hemos logrado los dos.

Y ahí, justo en ese momento, decidí que Rear Racing se fuese al infierno. Descubrí que había metas que, aunque no me hubiese planteado, eran mejor opción de lo que jamás hubiese imaginado. Síter T. Racing era mi nuevo sueño automovilístico y Víctor, mi nueva ilusión personal. Y no iba a dejar pasar la oportunidad.

Epílogo

—¿Lista? —me preguntó Víctor desde el otro coche.

Los dos estábamos en la misma posición: con las ventanillas bajadas para comunicarnos mejor, aunque, con el rugido del motor y los cascos, seguramente nuestra conversación sonaba más bien como una discusión a gritos

Aferré el volante con ganas. Estábamos en el circuito que la escudería utilizaba para entrenar. Me había costado mucho convencerlo para hacer aquello, así que sí, estaba más que preparada.

—Por supuesto. —Sonreí un pelín traviesa.

Él suspiró.

—¿Estás segura de que no quieres que vayamos en el mismo coche y así te vas fijando mejor en cómo debes hacerlo? —volvió a preguntarme por tercera vez.

Resoplé.

—Ya te he visto mil veces. ¡Y esto es una carrera! —dije un poco indignada—. Vamos a competir con nuestros respectivos coches y punto.

Bueno, no era mi coche, sino el de prueba, propiedad de Síter T. Racing; pero, a efectos prácticos, lo mismo daba. Además, quería hacerlo sola. Desde que lo probé la primera vez, se había convertido en uno de mis objetivos. ¿Quién sabe? Igual me daba por ahí y me convertía en uno de los pilotos de la escudería. Quería perderles el miedo a los automóviles de una vez por todas.

—Te esperamos en la meta —dije, pisando el pedal del gas lentamente.

—¿Te esperamos? —inquirió él frunciendo el ceño.

—No te lo había querido decir antes porque sabía que no me dejarías estar a menos de treinta metros de un motor, pero vas a ser papi. —Lo observé poniendo cara de circunstancia.

Se le descompuso el rostro mirando mi coche.

—¡Bájate de ahí ahora mismo! —gritó, quitándose el cinturón.

Yo reí.

—Lo dicho, te veo en la meta, cariño. —Aceleré, con el triunfo aún en los labios.

—¡¡Claudiaaa!!

Agradecimientos

Quería dirigirme a los lectores, pues introducir una historia de amor con trasfondo de carreras de coches ha sido todo un desafío, así que, para los seguidores más asiduos de este maravilloso deporte, os digo que disculpéis las discrepancias que podáis encontrar, pues, por la trama, las he visto necesarias.

A mi familia, por estar siempre ahí.

A mis amigos, por darme tanto apoyo.

A las chicas cococalas.

A todo el equipo de Roca Editorial, por darme la oportunidad de compartir mi obra con el mundo.
Gracias.

© 2019, Emma Maldonado

Primera edición en este formato: noviembre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-17705-46-6

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.